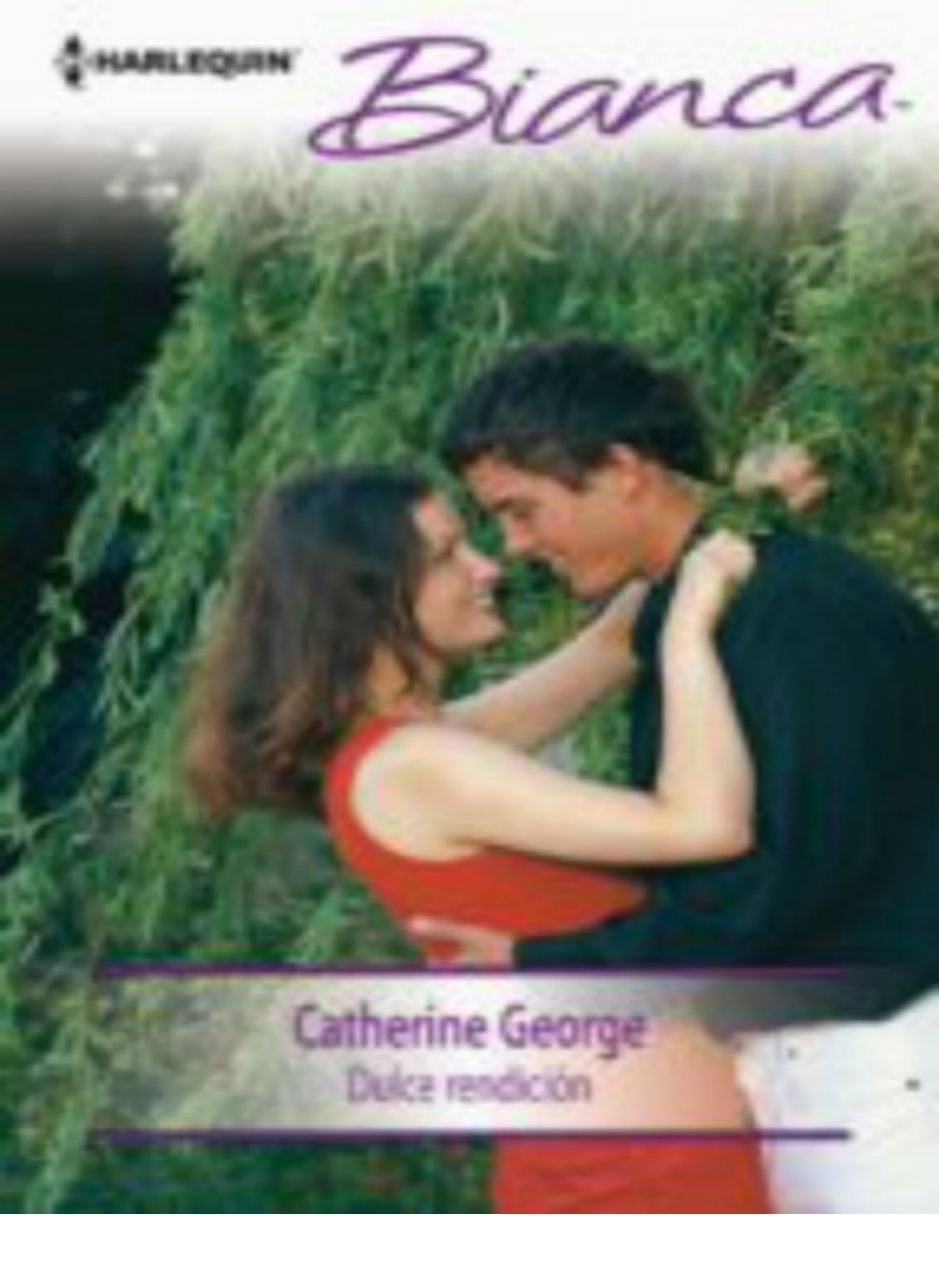

HARLEQUIN
Bianca
Catherine George
Dulce rendición

Dulce rendición

Kate no tenía planeado volver a las andadas con Alasdair Drummond, pero, cuando volvió a aparecer en su vida, se dio cuenta de que ahí estaba su oportunidad de vengarse de él. Alasdair no tenía la menor idea de que el amor que Kate había sentido por él había terminado de una manera trágica.

Esa vez Alasdair le dejó muy claro que la deseaba con todas sus fuerzas, y eso fue precisamente lo que hizo que Kate decidiera comenzar una engañosa relación… Pero justo cuando creía que había conseguido lo que quería, descubrió que las cartas habían cambiado…

Capítulo 1

KATE estaba despidiéndose de sus alumnos antes de empezar la «Semana Blanca» cuando el director la llamó.

— ¿Puedes hacerme un enorme favor? —le preguntó Bili Vincent.

—Claro que sí. ¿Qué ocurre?

— ¿Podrías quedarte un rato con Abby Cartwright? Su padre está al teléfono desde el hospital...

— ¿La madre de Abby ha tenido el niño?

—Todavía no, pero está de parto.

—Pero si le faltaban semanas...

—De ahí el pánico. Afortunadamente, los abuelos llegan hoy. El tío de Abby ha ido al aeropuerto de Heathrow y vendrá a buscarla a la vuelta.

—Entonces supongo que tardará bastante —suspiró Kate.

—Yo me quedaría con ella, pero tengo una reunión...

—No te preocupes, la llevaré a mi casa.

El director sonrió, aliviado.

—Muchísimas gracias. ¿Te importa decírselo a Tim Cartwright? Yo me quedaré con tu clase.

Suspirando, Kate fue a la oficina para hablar con el preocupado señor Cartwright.

—Estoy en una cabina del hospital, señorita Dysart, así que seré breve. Julia está muy preocupada por Abby y quiere que me vaya a casa, pero no pienso dejarla sola...

—No, claro que no.

—El señor Vincent me ha dicho que usted cuidaría de mi hija, pero puede que mi cuñado llegue tarde. ¿Le importa?

—En absoluto, señor Cartwright. Usted quédese con su mujer, yo me llevo a Abby a casa. Es la casa Laurel, al final del pueblo.., por favor, dígaselo a su cuñado.

Después de colgar, volvió a su clase para decirle a Bill Vincent que todo estaba solucionado.

Mientras los otros niños salían ruidosamente para empezar las vacaciones, Kate se sentó en el pupitre de Abby. La niña la miró, con los ojitos azules llenos de ansiedad.

—Tu padre no puede venir a buscarte. Acaba de llevar a tu madre al hospital y...

— ¡Pero mi hermano no puede nacer todavía, señorita Dysart! ¡Es demasiado pronto! —exclamó la niña.

—No te preocupes. El niño tiene un poco de prisa, nada más. Tu

tío vendrá a buscarte cuando vuelva del aeropuerto.

— ¿Ha ido a buscar a mis abuelos?

—Eso creo.

—Pero entonces tendré que esperar en el colegio hasta que llegue.

—No, te llevaré a mi casa.

Después de guardar sus cosas en la mochila y comprobar que no quedaba ningún niño escondido bajo algún pupitre, Kate llevó a Abby de la mano hasta su coche. El colegio era tan pequeño que no tenía aparcamiento, de modo que lo dejaba en la calle.

Cuando estaba sacando las llaves, un hombre salió de un coche extranjero aparcado cerca de allí.

Kate lo miró, atónita, convencida de que estaba viendo visiones.

Pero Alasdair Drummond, más alto de lo que recordaba, era una figura demasiado sólida como para ser una aparición.

—Hola, Kate.

—Alasdair, menuda sorpresa. ¿Qué estás haciendo aquí?

—He venido a verte —contestó él—. Sé que debería haber llamado, pero vengo de un funeral y se me ha ocurrido pasar por el colegio por si te veía.

Kate se volvió hacia la niña.

— ¿Por qué no entras en el coche mientras yo hablo con este señor, Abby? No tardaré nada.

Después de abrochar el cinturón de seguridad, se volvió hacia Alasdair Drummond, muy seria. Una vez habría dado cualquier cosa por verlo, pero eso fue mucho tiempo atrás.

— ¿Una de tus alumnas?

—Sí, así que me temo que no puedo quedarme mucho rato. Ni siquiera puedo pedirte que vengas a casa a tomar café.

—Yo esperaba algo más que un café —suspiró él, mirándola a los ojos—. Ten piedad de un viejo amigo, Kate. Cena conmigo esta noche.

—Lo siento, Alasdair. Tengo muchas cosas que hacer. Mañana voy a casa de mis padres y...

—Lo sé. Me lo ha dicho tu hermano.

— ¿Has visto a Adam?

—Está subastando unos muebles para mí.

¿Y Adam no se lo había contado?

Kate vio entonces la carita angustiada de Abby por la ventanilla.

—Lo siento, tengo que irme.

—Te llamaré más tarde —dijo él, estrechando su mano—. Adam me ha dado tu número de teléfono.

Kate murmuró una despedida y entró en el coche, intentando mantener la calma.

—Perdona, Abby.

—No pasa nada, señorita Dysart.

Pero lo había dicho con los ojos llenos de lágrimas.

— ¿Qué te pasa, cielo?

— ¿Duele mucho tener un niño, señorita Dysart?

—No puedo hablar por experiencia propia, pero mis sobrinos han llegado al mundo sin demasiados problemas. No te preocupes, Abby. Seguro que todo va a salir muy bien.

La casa de Kate estaba a las afueras del pueblo. En el condado de Herefordshire, Foychurch era un lugar muy agradable, con gente tan acogedora que enseguida se sintió como en su propia casa.

Cuando llegaron, abrió la puerta y le hizo una seña a su pequeña invitada para que entrase.

—Qué casa más bonita, señorita Dysart.

—Está bien para una sola persona —asintió ella, tomando el abrigo de la niña—. Voy a hacer un té, ¿te apetece?

El teléfono sonó cuando estaba en la cocina.

— ¿Señorita Dysart? Soy Jack Spencer, el tío de Abby.

—Hola, señor Spencer.

—Estoy esperando en el aeropuerto y, por lo visto, el vuelo se ha retrasado.

—No se preocupe. Abby y yo estábamos a punto de tomar un té.

Kate colgó después de darle su dirección.

— ¿Era mi tío?

—Sí. Tardará un ratito porque el avión en el que vienen tus abuelos se ha retrasado.

—Siento molestarla —se disculpó la educada cría.

—No me molestas en absoluto.

—El tío Jack es hermano de mi madre. Se dedica a la construcción.

Aquella palabra conjuró una imagen de pantalones vaqueros y torso musculoso que iba muy bien con la voz que había oído por teléfono.

—Tengo que llamar a mi madre por teléfono. Tú quédate vigilando la tetera, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Kate subió a su dormitorio para explicarle a su madre por qué no llegaría a Stavely a la hora prevista.

—Si vienen a buscar a Abby muy tarde no podré levantarme temprano.

—Pobre mujer —suspiró Frances Dysart—. Espero que el parto vaya bien

—Eso espero yo también. Por cierto, esa no ha sido la única

sorpresa del día, mamá. ¿A que no te imaginas quién estaba esperándome en la puerta del colegio? Alasdair Drummond.

—Ah, sí, Adam me dijo que se habían visto.

— ¿Lo sabías? De verdad, mamá, podrías haberme avisado.

—Alasdair quería darte una sorpresa.

—Pues me la ha dado, desde luego.

— ¿Vas a cenar con él?

—No, tengo otros planes. Abby, ¿recuerdas?

—Y Alasdair se habrá llevado una desilusión, supongo.

—No lo creo. Le ha ido muy bien sin mí durante todos estos años —replicó Kate.

—Tengo que decirte una cosa... Adam le ha pedido que venga al bautizo.

— ¿Qué?

—Cariño, tu hermano pensó que te haría ilusión.

Kate esbozó una sonrisa.

—No te preocupes. No seré demasiado dura con el nuevo papá. ¿Cómo está Gabriel?

—Muy bien. Su hijo la deja dormir de vez en cuando...

—Supongo que Adam cambiará pañales.

—Sí, sí, está pendiente del niño. Bueno, cielo, llámame mañana cuando salgas de casa.

Kate se quedó mirando el teléfono, enfadada con Adam por haber invitado a Alasdair al bautizo de su hijo.

Alasdair Drummond había sido su primer amor y, después de tantos años, seguía impactándola. Pero se negaba a cenar con él así, de repente, cuando decidía chascar los dedos. Siempre había sido un hombre muy seguro de sí mismo y, en ese aspecto, no parecía haber cambiado en absoluto.

Pero ella sí. Y pronto se enteraría de que Kate Dysart ya no era la estudiante enamorada que fue en el pasado.

— ¿Señorita Dysart? —oyó una voz temblorosa. Kate bajó la escalera corriendo.

—Perdona, Abby. Es que estaba hablando con mi madre.

— ¿Puedo ir al lavabo?

—Sí, claro. ¿Ya ha pitado la tetera?

—Hace un momento.

—Muy bien. Pues mientras tú vas al lavabo, yo voy a cambiarme de ropa y después haremos la cena. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—No tardaré nada.

Kate corrió de nuevo al piso de arriba. Le habría encantado darse

un largo baño de espuma, pero… Cinco minutos después, en vaqueros y camiseta, bajó de nuevo al salón.

Abby la miró, transfigurada.

—Señorita Dysart, qué guapa está con el pelo suelto.

—Me he quitado el moño, ¿te gusta?

—Tiene usted un pelo más bonito…

—Muchas gracias —sonrió Kate. En realidad, estaba muy orgullosa de su larga melena oscura—. ¿Qué tal si tomamos el té mientras hacemos la cena?

—Muy bien.

— ¿Te gusta cocinar?

—A veces ayudo a mi madre —sonrió la niña.

— ¿Y te gusta la pasta?

— ¡Me encanta! ¿Puedo rayar queso?

—Por supuesto.

Tim Cartwright llamó poco después para decir que todo iba bien, pero el parto tardaría horas. Charló un momento con su hija y, cuando colgó, Abby dejó escapar un suspiro.

—Mi padre dice que le dé las gracias por tenerme en su casa.

—De nada —sonrió Kate, sacando un cucharón de la cazuela—. Prueba la salsa de tomate, a ver si te gusta.

—Está muy rica. Igual que la que hace mi madre.

—Gracias, Abby. Habrá que comérselo todo, porque solo tengo queso o fruta para después.

Cenaron en el salón, charlando sobre el colegio y los profesores.

— ¿Dónde va a pasar las vacaciones, señorita Dysart?

Kate le explicó que iría a Stavely durante una semana para estar con su familia.

—Voy al bautizo de mi sobrino. Soy su madrina, así que seré yo quien lo sujete mientras el cura le echa el agua bendita.

—Pero se pondrá a llorar.

—Si es así, se lo devolveré a su madre inmediatamente.

— ¿Cómo se llama?

—Henry Thomas, pero lo llaman Hal.

— ¿Ya lo conoce?

—No, por eso mi hermano ha decidido que el bautizo fuera durante las vacaciones.

—Señorita Dysart, ¿puedo preguntarle una cosa?

—Sí, claro.

— ¿Usted cree que mi madre me seguirá queriendo igual cuando nazca mi hermano?

—Te aseguro que sí, Abby. Yo tengo tres hermanas y un hermano y

mi madre nos quiere a todos por igual.

La niña pareció tranquilizarse un poco después de oír aquello y Kate decidió que una dosis de televisión era lo mejor para olvidar las preocupaciones.

Se dispusieron a ver una comedia, pero antes de que terminase sonó el timbre. Era un hombre alto, de hombros anchos, pelo rubio y expresión simpática.

—Buenas noches, ¿vive aquí la señorita Dysart?

—Yo soy Katharine Dysart...

— ¡Tío Jack!

—Siento llegar tarde —rió él, tomando a la niña en brazos—. Soy Jack Spencer. Hemos hablado por teléfono.

—Sí, claro. Entre, por favor.

—Le agradezco mucho que se haya quedado con mi sobrina.

—No ha sido nada. Lo hemos pasado bien, ¿verdad, Abby?

La niña asintió.

—La he ayudado a rayar queso para la cena y luego hemos visto la televisión. Y ha llamado papá, pero dice que el niño no ha llegado todavía...

—Bueno, bueno, charlatana. Luego me lo cuentas. ¿Nos vamos?

Mientras Abby iba al lavabo, Kate aprovechó la oportunidad para hablar con Jack Spencer.

—Cree que su madre no la querrá cuando nazca el niño. Quizá debería comentárselo a su hermana... ya sabe, para que hable con ella.

—Estos críos... —rió el hombre—. No se preocupe, lo haré.

—Gracias.

Abby apareció en ese momento.

—Gracias por darme de cenar, señorita Dysart.

—De nada. Ha sido un placer. Nos vemos la semana que viene en el colegio.

Jack Spencer metió a su sobrina en el jeep y abrochó el cinturón de seguridad.

—Muchas gracias, señorita Dysart. No sé qué habríamos hecho sin usted.

—De nada. ¿Puedo pedirle un favor?

—Por supuesto.

— ¿Le importaría llamarme cuando nazca el niño?

Jack Spencer sonrió.

—No sé si le gustará que la despierte de madrugada. Será mejor que llame por la mañana... suponiendo que el niño haya nacido.

—Eso espero —sonrió Kate.

—Es usted muy joven para ser profesora, señorita Dysart. ¿Es su

primer trabajo?

—No, en absoluto.

—Entonces debe ser mayor de lo que parece... Bueno, tengo que marcharme. Gracias otra vez.

Kate cerró la puerta, pensativa. El tío de Abby no era lo que había esperado. Lo imaginaba más joven, pero parecía tan capaz de poner ladrillos y levantar cemento como cualquiera.

El teléfono sonó cuando iba a meterse la cama.

— ¿Dígame...? Ah, eres tú, Alasdair.

—Siento decepcionarte. Parece que esperabas otra llamada.

—No, no esperaba ninguna llamada.

— ¿La niña se ha marchado ya?

—Su tío ha venido a buscarla hace media hora. Y yo estaba a punto de irme a dormir.

— ¿Tan temprano?

—Hoy ha sido un día muy duro para los profesores y luego he tenido que consolar a una cría preocupada por su madre —dijo ella, sin molestarse en disimular un bostezo.

—No quiero robarte más tiempo, así que iré al grano. ¿Qué regalo compro para el niño?

—No tienes que comprar nada. Adam no espera ningún regalo.

—Me ha dicho que eres la madrina. ¿Qué has comprado tú?

—Le he pedido que busque algo de plata antigua en la sala de subastas de mi padre.

Kate esperó, sabiendo que Alasdair tenía otra razón para llamarla.

—Podríamos haber quedado después, cuando se fuera la niña.

—La verdad es que no me venía bien. Además, me han dicho que vamos a vernos en el bautizo.

—No te parece bien, ¿verdad?

—No es asunto mío.

—Si no quieres que vaya...

— ¿Por qué no? Podemos charlar sobre los viejos tiempos —dijo ella entonces.

—Yo esperaba hacer eso esta noche. Por cierto, estoy de vuelta en Inglaterra definitivamente. Un ascenso.

Kate se encogió de hombros, aunque él no podía verla. Que Alasdair Drummond viviese en Inglaterra o en Estados Unidos le daba completamente igual.

—Enhorabuena. ¿Has descubierto alguna droga milagrosa?

—Algo así. Te lo contaré cuando nos veamos.

—Alasdair, debería haber preguntado esto antes... ¿De quién era el funeral al que has ido esta tarde?

—De mi abuela.

—Ah, lo siento.

—Gracias. ¿Podemos vernos mañana, Kate?

—No, lo siento. Me marcho a Stavely después de comer. Buenas noches, Alasdair. Nos veremos el domingo...

—No cuelgues, por favor. Si espero hasta el domingo no podré verte a solas. Y estoy más decidido que nunca a resolver el misterio.

— ¿Qué misterio? —preguntó ella, aunque sabía bien de qué estaba hablando.

—Vamos, Kate... tú sabes a qué misterio me refiero. Eras la estudiante de física más brillante de Cambridge. ¿Qué demonios pasó para que decidieras desaprovechar tu talento dando clases en un pueblo de mala muerte?

Capítulo 2

KATE se contuvo a duras penas.

—Mira, Alasdair, ya hablamos de esto la última vez que nos vimos y la respuesta sigue siendo la misma. Yo no creo que esté desaprovechando mi talento. Y Foychurch no es un pueblo de mala muerte. Es una comunidad de gente encantadora, así que estoy muy bien. Yo soy una chica de pueblo, ¿recuerdas?

—Lo recuerdo muy bien. Pero eso no responde a mi pregunta. Tus tutores en Cambridge pensaban que habían encontrado una nueva madame Curie —le recordó él.

—Pues se equivocaban. Y ahora que hemos aclarado eso, buenas noches.

—Kate, escucha...

—No quiero escuchar. Buenas noches.

Kate colgó y se quedó mirando el cielo oscuro por la ventana, inquieta y molesta por los comentarios de Alasdair Drummond.

Sus hermanas mayores, Leonie y Jess, eran dos personas muy seguras de sí mismas. Como su hermano Adam. Pero Kate, tres años más pequeña y mucho menos extrovertida, había compensado su falta de confianza con una gran ética profesional y un cerebro que le consiguió plaza en la Universidad de Cambridge.

Y allí conoció a Alasdair Drummond, licenciado en la Universidad de Edimburgo y postgraduado en Harvard, haciendo trabajos de investigación en el Trinity College de Cambridge.

Para su sorpresa, después de encontrarse el primer día, Alasdair se convirtió en su protector. Eso aumentó la confianza en sí misma e incluso hizo que, pronto, muchos de sus compañeros se interesasen por ella. Pero a Kate le daban igual sus atenciones porque se había enamorado locamente de Alasdair Drummond.

Demasiado inteligente como para engañarse a sí misma, había sabido desde el principio que él no estaba enamorado. Alasdair, cinco años mayor que ella y un hombre experimentado, la trataba como a una hermana pequeña, nada más. Kate lo animaba durante los partidos de rugby y él la invitaba a una cerveza de vez en cuando. Pero durante todo ese tiempo, lo único que consiguió fue algún beso en la mejilla.

Locamente enamorada por primera vez, estaba tan frustrada que sus notas empeoraron. Entonces, justo antes de que él se fuera de Cambridge, Kate se encerró en su habitación, negándose a salir con

nadie.

Alasdair había encontrado trabajo en una gran empresa farmacéutica y estuvieron escribiéndose durante algún tiempo. Después se marchó a Estados Unidos y las cartas se hicieron cada vez más infrecuentes. Solo la visitó una vez, cuando Kate estaba a punto de ocupar su plaza en Foychurch.

Alasdair mostró su decepción por aquella elección profesional, diciendo que era un terrible error, que no podía malgastar su talento dando clases a mocosos de primaria... y Kate perdió los nervios.

Le dijo que lo que hiciera con su vida era asunto suyo y lo echó de casa con cajas destempladas.

Y no había vuelto a verlo hasta aquel día.

Alasdair Drummond, el brillante licenciado en Física y Química, había tenido una carrera meteórica. Y la combinación de éxito y madurez seguramente era un afrodisíaco para la mayoría de las mujeres. Pero no para ella.

El teléfono la despertó a las siete de la mañana y Kate contestó, medio dormida.

—Perdone que la despierte, señorita Dysart —oyó la voz de Jack Spencer—. Lo siento mucho.

—No importa. ¿Ya ha tenido el niño?

—John Spencer Cartwright nació hace un par de horas y es un bebé perfecto. Mi hermana está muy bien, pero a Tim casi le da un ataque de nervios.

—Gracias por llamar —sonrió ella—. ¿Cómo está Abby?

—En el séptimo cielo. Aún no conoce a su hermano, pero está loca por verlo.

—Ya me imagino.

—Señorita Dysart, mi sobrina me ha dicho que va a pasar las vacaciones en su casa.

—Pues sí...

— ¿Cuándo se marcha?

—Después de comer.

— ¿Puedo preguntarle dónde va?

Kate hizo un gesto de sorpresa.

—A Stavely. A cuarenta kilómetros de Pennington.

—Ah, un sitio estupendo. Que lo pase bien.

—Lo haré. Gracias por llamar, señor Spencer.

No tenía sentido seguir en la cama, de modo que se duchó, bajó a la cocina para hacer el desayuno, limpió un poco la casa, hizo la maleta y después salió para decirle al señor Reith, su vecino, que estaría fuera una semana.

Más tarde, después de comer, alguien llamó a la puerta.

Era Jack Spencer, en vaqueros, con un gigantesco ramo de flores silvestres en la mano.

—Buenos días, señorita Dysart. Esto es para darle las gracias.

—Ah, qué amable —sonrió ella, sorprendida—. Entre, por favor.

— ¿No la molesto?

—En absoluto. Siéntese... ¿quiere un café?

Spencer negó con la cabeza, dejándose caer sobre el asiento de la ventana.

—No tengo tiempo, pero gracias. Voy a comprar un regalo y después iremos al hospital para conocer al nuevo heredero.

Kate sonrió.

—Supongo que Abby se morirá de ganas.

—Esta mañana está diferente, señorita Dysart.

— ¿Quiere decir que ahora sí parezco una profesora? ¿Es porque llevo el pelo recogido?

—Sí, supongo que sí. Una pena esconder esos rizos tan bonitos... Perdone, quizá me estoy pasando.

—Ya no tengo edad para dejarme el pelo suelto.

—Si usted lo dice... —sonrió él—. Pero anoche parecía una cría.

—No lo soy, pero gracias, señor Spencer.

—Llámeme Jack.

—No creo que sea apropiado.

— ¿Porque es profesora de Abby?

Ella asintió.

—El director del colegio trata de tú a todo el mundo, pero los profesores seguimos llamando de usted a los padres.

—Pero yo no soy un padre. Los tíos no cuentan.

Kate dejó las flores sobre la mesa.

—Por favor, dele las gracias a los señores Cartwright por las flores.

—En realidad.., son mías, señorita Dysart —sonrió él entonces. Al hacerlo, le salían arruguitas alrededor de los ojos y eso le daba un aire muy simpático.

—Pues entonces, gracias. Muy amable.

—He venido porque quería verla otra vez —suspiró Jack Spencer, levantándose—. Pero debo irme.

—Adiós, señor Spencer.

— ¿De verdad no quiere llamarme Jack?

—No es que no quiera...

Kate no terminó la frase. En el camino de su casa, además del jeep había un Maserati azul oscuro.

Y Alasdair Drummond se acercaba con expresión tumultuosa.

No tenía los hombros tan anchos como Jack, pero era más alto. También iba en vaqueros, pero eso era lo único que tenían en común. Alasdair llevaba mocasines de ante, un polo blanco de manga larga y un jersey rosa que un hombre menos masculino no se habría atrevido a usar.

Pero aquella vez pudo mirarlo de forma más objetiva. Su pelo oscuro estaba, como siempre, bien cortado, y parecía más delgado. Pero los ojos grises eran tan penetrantes como siempre.

—Adiós, señorita Dysart.

—Eh... ah, adiós señor Spencer.

Los dos hombres se cruzaron en el camino, haciendo un gesto de saludo con la cabeza.

—Hola otra vez, Kate.

—No esperaba verte hoy. No me digas que pasabas por aquí...

—No. Había pensado que podríamos comer juntos.

—Lo siento, ya he comido.

— ¿Con el tipo que salía de tu casa?

Kate no se molestó en contestar.

—Ya que has venido hasta aquí, te invito a un café —dijo, mirando su reloj—. Pero tengo que irme en media hora.

—Gracias —murmuró él, mirando las flores—. Si hubiese traído un ramo de rosas, ¿el recibimiento habría sido más cálido?

— ¿Es que soy antipática? Lo siento, Alasdair.

—Sé que estoy molestando.

—No me molestas en absoluto. Voy a hacer café.

— ¿Te ayudo?

—No, siéntate. Haces que mi casa parezca pequeña.

—Es que es pequeña. Parece una casa de muñecas —sonrió Alasdair, mirándola de arriba abajo—. No has crecido desde la última vez que nos vimos.

—No en estatura, pero sí en madurez —replicó ella, entrando en la cocina.

Poco después, volvía al salón con una bandeja.

—Lo tomo solo y sin azúcar. Supongo que te acordarás porque me lo hiciste muchas veces.

—Se me había olvidado —dijo Kate.

Y era cierto. Había intentado olvidarlo todo sobre Alasdair Drummond y, al menos, consiguió olvidar algunas cosas.

Como su anterior visitante, se sentó en el asiento de la ventana, sus larguísimas piernas estiradas frente a él.

— ¿Enciendes la chimenea todos los días?

—No, solo los fines de semana.

— El hombre que he visto saliendo de aquí... ¿es importante, Kate?

—Sí —contestó ella sin dudar.

No era mentira del todo. Jack Spencer era importante... para su sobrina y su madre. Y seguramente para varias mujeres más. Quizá incluso su esposa. Y a Alasdair no le haría daño creer que también era importante para ella.

—Ah, ya veo.

— ¿Y tú? Supongo que también habrá alguien importante en tu vida.

Alasdair negó con la cabeza.

—Ya no. He vivido con una chica hasta hace poco, pero se ha terminado.

— ¿Por qué?

—Podríamos decir que me ha dejado. A Amy le gusta vivir en Nueva York y no quería venir a Inglaterra.

—Ah, qué pena. ¿Dónde piensas instalarte?

—En Gloucester. Mi abuela me ha dejado su casa –contestó él, tomándose el café de un trago—. Bueno, me marcho. Ya te he entretenido suficiente.

Kate lo acompañó a la puerta.

—Siento que no podamos comer juntos.

—Quizá haya más suerte mañana. De hecho, tengo la impresión de que tu familia me recibirá mejor que tú.

—Mira, no quiero ser grosera...

—Ese hombre... ¿también irá al bautizo?

—No. Mis padres no saben nada de él.

Alasdair la tomó por los hombros.

—Fría recepción o no, me alegro mucho de verte.

—Yo también me alegro —murmuró Kate, intentando disimular la reacción que le producía el contacto.

— ¿Ah, sí? Pues preferiría un poco más de entusiasmo —dijo él, inclinando la cabeza para darle un beso en la mejilla. Pero entonces pareció pensarlo mejor y la besó en los labios—. Hasta mañana, Kate.

Ella cerró de un portazo y se sentó en el sofá, nerviosa. Cuánto habría deseado que la besara... años atrás. Entonces le dio la risa. Normalmente, los sábados por la mañana solo veía al cartero y al señor Reith, su vecino. Pero aquel sábado había sido bien diferente.

Jack, como él quería que lo llamase, era algo nuevo en su experiencia. Comparado con el elegante Alasdair parecía poco sofisticado y, sin embargo, le resultaba muy agradable.

Y había dejado claro que la encontraba atractiva. Kate sonrió, mientras guardaba la maleta en el coche.

Por su forma de besarla, Alasdair Drummond también parecía encontrarla muy atractiva.

Pero no le valdría de nada.

Las ventanas de su casa, una casa que llevaba en la familia Dysart cuatro generaciones, brillaban bajo la pálida luz del atardecer cuando aparcó bajo el castaño de Indias.

El jardín estaba empezando a llenarse de color después del duro invierno. Narcisos a punto de florecer, brezos rodeados de primaveras amarillas... Kate subió los escalones del porche, con aquella sensación tan agradable que le daba siempre volver a casa.

Sus ojos se iluminaron cuando Adam abrió la puerta con el niño en brazos.

—Hora de conocer a tu madrina, Hal —sonrió su hermano—. Hola, enana. ¿Quieres tomar a tu ahijado en brazos?

— ¡Claro que sí! —exclamó ella, soltando la maleta—. Hola, sobrinito... Qué guapo es. Afortunadamente, se parece a su madre.

—Eso no es verdad —replicó Adam, indignado—. Se parece a mí.

Kate soltó una carcajada.

—Sí, claro. Además del pelo rubio y los ojos azules de Gabriel, es tu viva imagen.

— ¡Cariño! No había oído el timbre –exclamó su madre.

—No ha llamado. La he visto por la ventana.

Kate abrazó a toda la familia, feliz de estar con ellos de nuevo.

— ¿Te gusta mi hijo? ¿A que lo he hecho muy bien? —sonrió Gabriel, su cuñada.

—No podrías haberlo hecho sin mí —le recordó Adam.

—Cierto. Pero yo me he llevado la peor parte.

Poco después llegó su padre de pasear al perro y Kate tuvo que controlar al excitado retriever, que no dejaba de saltar a su alrededor. Sentada en el sofá, acarició la cabeza de Pan mientras le contaba a su familia los últimos acontecimientos.

—Ah, por cierto. Me he dejado las flores en el coche...

—Qué maravilla —exclamo Frances Dysart, su madre, cuando entró con el enorme ramo—. ¿De quién son?

—De un amigo.

—He puesto flores en la iglesia para mañana, pero no me queda ninguna para la casa. ¿Te importa si las uso, Kate?

—No, claro que no. Para eso las he traído.

—Por cierto, he oído que rechazaste cenar con Alasdair —dijo entonces Adam.

Kate arrugó la nariz.

—Tenía otros compromisos.

—Sabes que lo he invitado al bautizo, ¿no?

—Sí. Aunque no entiendo por qué.

Su hermano se encogió de hombros.

—Llevó varios muebles de su abuela a la sala de subastas y me invitó a comer en el Chesterton.

— ¿Y por eso viene al bautizo?

—No seas tonta. Ha sido amigo tuyo muchos años... Le pregunté si quería venir y me dijo que sí inmediatamente. Pensé que te alegrarías.

—Lo ha hecho con buena intención —sonrió Gabriel.

Kate asintió, resignada.

—Lo sé. Pero ya está bien de Alasdair Drummond. ¿Quién más viene al bautizo?

—Leonie y Jonah, por supuesto —dijo su madre—. Pero sin los niños. Los padres de Jonah se los llevan a Disneyland París este fin de semana.

— ¿Y Jess?

—Me temo que no. Acaban de confirmarle que está embarazada otra vez.

— ¡Y Lorenzo la habrá envuelto en algodones! —sonrió Kate, mirando con cierta envidia a Gabriel, que acunaba a su hijo con expresión alborozada.

Pero no debía sentir envidia. Entre Jess y Adam tenían tantos niños que lo mejor sería no añadir más por el momento.

—Fenny vendrá esta noche. No sé quién la trae... como siempre, no ha querido llevarse el coche a la facultad.

—Porque siempre hay algún amigo dispuesto a llevarla en el suyo —bromeó Adam.

—Pero son solo amigos —rió Gabriel.

—Eso me alegra infinito —suspiró su madre.

Poco después Adam y Gabriel decidieron ir a casa para bañar al niño, prometiendo volver a la hora de la cena.

—Ven con nosotros, Kate –dijo su hermano—. Te enseñaré el cofrecito de plata que he encontrado.

— ¿Quieres que te ayude a hacer algo, mamá?

—No hace falta, cariño.

—Muy bien, vámonos. ¡Pero yo llevo el cochecito!

Adam vivía en una hermosa casa de piedra al final del camino. Había decidido instalarse en Stavely porque trabajaba con su padre en la sala de subastas Dysart’s.

— ¿Quieres ayudarme a bañar a Hal? —preguntó Gabriel.

—Por supuesto. ¿No me digas que tú tienes que hacerlo todo mientras mi querido hermano se queda de brazos cruzados?

— ¡Claro que no! Yo ayudo en todo —protestó Adam—. Por cierto, creo que no te hizo gracia ver a Alasdair.

—Al principio no, la verdad —contestó Kate—. Podrías haberme advertido. Después de tantos años, verlo en la puerta del colegio...

—Quería darte una sorpresa.

—Yo no conozco a Alasdair, pero creo que su carrera va viento en popa —dijo Gabriel.

—Al contrario que yo, ha hecho lo que todo el mundo esperaba de él. Y ahora está en Inglaterra para dirigir el gigante farmacéutico que lo contrató en Cambridge.

Una vez en casa, desnudaron al bebé y Adam lo sujetó mientras Gabriel lo bañaba, proceso al que Hal objetó con toda la fuerza de sus pulmones.

—Baja por el biberón, cariño.

— ¿No le das el pecho? —preguntó Kate.

—Me habría gustado, pero no tenía leche. Y no me importa, ¿eh? De esta forma podemos darle de comer los dos. O, al menos, esa es la teoría.

—Seguro que Adam no se levanta por la noche.

—Se levanta... a veces —rió su cuñada.

— ¿Te gusta ser mamá, Gabriel?

—La verdad, entre tú y yo, no había pensado tener un hijo tan pronto. Pero ahora que está aquí no lo devolvería por nada del mundo.

—Yo tampoco —dijo Adam, entrando en el baño—. Ya no dormimos nada, pero merece la pena. ¿Necesitas ayuda, amor mío?

—No, gracias. Voy a secar a mi niño antes de darle el biberón —sonrió Gabriel.

—Vamos a tomar un café mientras mi mujer da de comer a ese llorón.

Cuando Adam le mostró el cofrecito de plata antigua que había encontrado en uno de sus viajes, Kate lo acarició, emocionada.

—Es precioso. Pero, ¿cuánto habrías sacado por él en una subasta?

—Eso da igual. Tú me pagas lo que yo pagué por él. Pero si ahora mismo no puedes...

—Claro que puedo. He estado ahorrando desde que Gabriel me dijo que estaba embarazada —sonrió ella—. Antes de que me lo pidieras, ya sabía que iba a ser la madrina.

— ¿Va todo bien, enana?

—Siempre la misma pregunta —suspiró Kate, resignada—. Y

siempre la misma respuesta. Al contrario de lo que cierta gente piensa, me gusta mucho mi vida y me encanta mi trabajo.

— ¿Te refieres a Alasdair?

— ¿A quién si no? Cree que estoy loca por dar clases en un pueblo pequeño. ¿Tú estás de acuerdo con él?

—Claro que no. Al principio me sorprendió, como a todo el mundo. Pero, evidentemente, es lo que quieres hacer, así que me alegro por ti.

— ¿Y no te importa que nunca gane el premio Nobel?

Adam sonrió.

—No me importa nada. De hecho, lo que me gustaría es que encontrases un hombre que te hiciera tan feliz como Gabriel a mí.

—Pues espera sentado —le advirtió Kate—. Si algún día necesito una presencia masculina en mi vida, me compraré un perro.

Su hermano soltó una carcajada.

—Ahora que Alasdair está aquí, ¿vas a verlo más a menudo?

Ella negó con la cabeza.

—Lo dudo. Yo vivo en Herefordshire y él piensa vivir en Gloucester...

—Pero ha ido a verte dos días seguidos, ¿no?

—Le diré que no se acostumbre.

— ¿Es que hay otra persona?

—Ya sabes que salgo con Toby Anderson y Phil Dent.

Adam levantó los ojos al cielo.

—El contable y el profesor de gimnasia. Dos aventuras locamente apasionadas, seguro.

— ¿Y tú qué sabes, bobo? —replicó Kate, indignada.

—Sales con los dos, de modo que ninguno es importante. No te imagino saltando de una cama a otra.

—No todo el mundo quiere aventuras locamente apasionadas.

— ¿Y el matrimonio qué?

—Algún día, quizá. Por el momento, estoy contenta con el papel de tía solterona.

Capítulo 3

A LA MAÑANA siguiente, Fenny llamó a la puerta de su habitación con una bandeja en la mano.

—Muchas gracias, Fen —dijo Kate, sorprendida.

—De nada. ¿Cómo van las cosas, profesora? ¿La vida en el pueblo tan divertida como siempre?

—De partirse de risa —murmuró ella, restregándose los ojos—. ¿Quién te trajo a casa anoche?

—El novio de Prue.

—Pero si vive en Marlborough...

—Después de dejar a Prue, insistió en traerme. ¿Cómo iba a rechazarlo?

—Eres incorregible.

—Pero ideal.

—Sí, claro. Eres ideal, pero no te pases.

— ¿Con los chicos? No te preocupes, soy muy sensata. Y hoy voy a ponerme falda, por cierto.

— ¡No! Eso significa que yo también tendré que ponérmela.

—Ibas a ponértela de todas formas, «doña seriecita».

— ¿Así es como me ves?

—Últimamente, sí. Así, que por favor, suéltate el pelo.., literalmente. Y ponte algo que deje a los invitados con la boca abierta.

— ¿Para eso me has traído el té? ¿Para regañarme por mi forma de vestir?

—Te he traído el té porque soy una buena persona —replicó Fenny, indignada.

Kate soltó una carcajada.

—Muchas gracias.

—Voy a subirte unas tostadas...

— ¿Qué te pasa? ¿Tienes fiebre?

— ¿Es que no puedo ser buena con mi hermana? Por cierto, mamá y las abuelas van a ponerse sombrero... y Leonie también.

— ¿Sombrero? Nadie me lo había dicho.

—Creo que mamá tiene algo pensado para ti.

— ¿No me digas que me ha comprado un sombrero?

Fenny soltó una risita.

—Pues si es así, espero que no tenga plumas.

Su madre apareció poco después con una caja en la mano. Y Fenny detrás, muerta de risa.

—La madrina debe llevar sombrero –dijo Frances Dysart, siempre

tan tradicional—. Así que he estado buscando en los armarios… Abre la caja, Fenny.

Su hermana abrió la caja y sacó un casquete de piel moteada.

— ¡Mamá, dime que ese ocelote es falso!

—Por supuesto, cariño. Pero se dice faux.

— ¿Tú crees que voy a ponerme esto?

—Estarás guapísima con él —dijo Fenny—. Los ojos muy pintados y el gorrito… estarás muy sexy.

—No sé si esa era mi intención, pero creo que te quedará bien —sonrió su madre.

— ¿Era tuyo?

—No, de la abuela… y tenía unos manguitos a juego. Bueno, sal de la cama, hija. El desayuno está preparado.

Antes de bajar, Kate se probó el gorrito, aliviada al oler a lavanda en lugar de alcanfor. Era precioso. Incluso en pijama y sin pintar, le quedaba de maravilla.

Cuando bajó a la cocina se encontró con su madre y la señora Briggs, el ama de llaves, las dos muy atareadas.

— ¿Puedo hacer algo?

—Puedes cortar el pavo.

— ¿Papá no se enfadará? Esa es su especialidad.

—Papá está dando una vuelta con Hal. Adam y Gabriel se han echado un ratito porque no han podido pegar ojo en toda la noche.

Después de desayunar, Kate fue al comedor y puso el mantel de damasco que solo sacaban para ocasiones especiales.

— ¡Ya estamos en casa! —oyó la voz de su padre en el pasillo.

—Mamá ha dicho que subas a cambiarte.

— ¿No tengo que cortar el pavo?

—Ya está hecho —contestó ella.

Adam entró entonces, con cara de sueño.

—Muchas gracias por dejarnos dormir un rato, papá. Hal nos ha dado una noche de perros.

—De nada, hijo. ¿Tenéis listo el traje de acristianar?

—Gabriel lo está planchando ahora mismo.

—Pues daos prisa. Los invitados están a punto de llegar.

Fenny apareció entonces en el salón, tan pizpireta como siempre.

— ¿Vas a dejarte el pelo suelto?

—Sí, pesada. Por cierto, me he probado el gorrito y me queda muy bien.

—Lo cual significa que vas a dejar a todo el mundo boquiabierto.

Más tarde, con un vestido de lana de color ámbar, Kate se miró al espejo. El pelo suelto echado hacia atrás destacaba sus ojos, de color

verde con puntitos dorados. No solía pintárselos y seguramente no lo habría hecho si Alasdair Drummond no hubiera sido invitado al bautizo.

Un ruido de coches la hizo asomarse a la ventana. Eran su hermana Leonie y su marido, Jonah Savage, saludando a los padres de Gabriel. Kate se puso unas botas altas de ante marrón y llamó a la puerta de su hermana Fenny.

—Vamos, ha llegado Leonie.

Después de muchos besos y abrazos, todos acabaron en la cocina, como siempre, contándose cosas.

Más tarde, su hermana mayor la llevó aparte.

—Estás guapísima. Me encanta cuando te dejas el pelo suelto...

—Gracias.

— ¿Preparada para hacer de madrina?

—Un poco nerviosa. Espero no soltar a Hal en la pila.

Jonah Savage, su marido, abrazó a Kate y Fenny a la vez.

—Hola, guapas. ¿Habéis invitado a algún amigo al bautizo?

—Yo no. Y Fenny no habría sabido a quién elegir.

—No soy la única —replicó su hermana—. Adam dice que tú tienes dos admiradores.

Kate contuvo una carcajada. Se refería al contable y al profesor de gimnasia.

—Hoy vendrá un amigo suyo —dijo Adam—. ¿Te acuerdas de Alasdair Drummond?

— ¿Seguís en contacto? —preguntó Leonie.

—No, qué va. No había vuelto a saber nada de él hasta hace unos días.

— ¿No es tu amigo de Cambridge? —preguntó Fenny.

—Sí, bueno... él era un investigador y yo una humilde estudiante de primer año.

— ¿Y cómo os hicisteis amigos? En mi facultad, eso no habría pasado.

Kate se encogió de hombros.

—Nos conocimos el primer día y, desde entonces, estuvo pendiente de mí.

—Fue su salvador —intervino Adam—. Cuidaba de que nadie la molestase.

— ¿Mi salvador? Pero qué antiguo eres.

Haciendo una mueca, Kate se acercó a los padres de Gabriel. Pero Leonie se quedó mirándola con expresión preocupada.

—Espero que no haya empezado otra vez.

— ¿Qué? —preguntó Fenny.

—Kate estaba loca por Alasdair.

— ¿Y él también?

—No. Eso es lo que me preocupa.

—Pues ella no parece preocupada —sonrió Jonah—. Además, eso fue hace años. Seguramente ya se le habrá pasado.

— ¿Tú crees? A lo mejor sigue enamorada de él —sugirió Fenny.

—Espero que no. ¿Por qué lo has invitado al bautizo, Adam?

—Pensé que a Kate le haría ilusión. Pero, según Gabriel, he metido la pata.

Leonie dejó escapar un suspiro.

—Solo serán un par de horas. No creo que le haga ningún daño.

— ¿Cómo iba a hacerle daño? ¡Es un bautizo, no una orgía! —exclamó Fenny.

—Pero qué bruta eres —replicó su hermana.

Unos minutos después, Gabriel entró con Hal en brazos y hubo exclamaciones para todos los gustos. El niño estaba precioso con el traje de acristianar que habían usado los Dysart durante generaciones.

Kate subió a ponerse el sombrero y Fenny levantó una mano para llamar la atención de todo el mundo.

—Por favor, cuando baje decidle que está guapísima.

Un minuto más tarde, cuando apareció con un abrigo a juego con el vestido de lana y el sombrero de faux ocelote, su familia la recibió como si fuera Joan Collins.

— ¡Estás divina! —exclamó Gabriel—. Pareces Lara, en Doctor Zhivago.

—Ese gorro te queda de maravilla, hija.

—Vas a dar la campanada —sonrió Leonie.

—Prepárate para ser la reina de la fiesta, madrina —dijo Adam.

—Bueno, no os paséis. ¿Cuándo llegan los padrinos?

—Supongo que ya estarán en la iglesia —contestó su hermano, mirando el reloj—. Al menos, Jeremy Blyth. Charlie Hawkins seguro que llega tarde.

—Pensé que habías discutido con él —dijo Leonie.

—Eso es agua pasada —le aseguró su hermano.

—La vida es demasiado corta como para enfadarse con los amigos —sonrió Gabriel.

— ¿Quién es el otro padrino? —preguntó Kate.

—El famoso Jeremy Blyth, de la galería de arte —contestó Harry Brett, el padre de su cuñada—. ¿Qué le ha regalado a Hal, un Picasso?

— ¡Ojalá!

Cuando llegaron a la iglesia, todo el mundo estaba esperando en la puerta. Y por encima de todos sobresalía Alasdair Drummond, de

oscuro, charlando con Charles Hawkins. Jeremy Blyth, un hombre delgado de cabello rubio, estaba elegantísimo con un chaqué gris.

Gabriel saludó a todo el mundo.

—No te conozco, de modo que debes ser Alasdair Drummond. Hola, soy Gabriel Dysart.

—Hola, ¿qué tal? Adam es un hombre de suerte —sonrió él.

—Está usted guapísima, señora Dysart —intervino Charlie Hawkins.

—Ven a conocer a tu ahijado, tonto —rió ella.

Después de una ronda de saludos, besos y abrazos, todos entraron en la iglesia. Kate, con Henry Thomas Dysart en brazos, se encontró con una mirada gris tan ardiente que tuvo que bajar los ojos para esconder una expresión de triunfo.

Alasclair Drummond solo la veía como una hermana pequeña en el pasado, pero empezaba a mirarla de otra forma. Eso era evidente.

Durante el bautizo, el niño lloró con tal fuerza ante el chorro de agua bendita que tanto padrinos como invitados tuvieron que contener una carcajada. Afortunadamente, Gabriel le puso un chupete y pudieron terminar la ceremonia sin incidentes.

La señora Bnggs, con ayuda de su hija, había terminado de preparar el almuerzo cuando volvieron a casa. Además de la mejor vajilla y las mejores copas de cristal, donde se serviría el champán que Charlie Hawkins, comerciante de vinos, había regalado a los padres del niño, el ama de llaves había preparado una serie de platos fríos y calientes que fueron recibidos con alborozo por los invitados.

Con el jaleo del almuerzo y las conversaciones, Kate pudo evitar a Alasdair, pero al final se vio obligada a charlar con él.

— ¿Te han presentado a todo el mundo?

—Sí, Adam se ha encargado de eso. Por cierto, estás guapísima con ese gorrito... pareces una princesa rusa.

—Gracias, señor Drummond —rio Kate.

—Deberías llevar siempre el pelo suelto.

—No empieces tú también. Lo llevaba suelto cuando tenía dieciocho años, pero ya no soy una cría.

— ¿Ah, no? Pues a mí me pareces una Venus de bolsillo —sonrió él.

— ¿Qué le has dicho a esta criatura para que se ponga colorada? —preguntó entonces Jeremy Blyth.

—Alasdair estaba haciéndome un cumplido, creo.

—Me pregunto si Gabriel sabía con lo que tendría que competir cuando entró en esta casa. Los Dysart sois todos guapísimos.

—Incluyendo a la pequeña de la familia —asintió Alasdair,

mirando a Fenny—. Era una niña cuando la conocí.

—Pero las niñas crecen —sonrió Kate.

—Por cierto, tu copa está vacía. Deja que la llene.

—Limonada, por favor.

—Pero debes beber champaña en honor de tu ahijado...

—No, gracias.

— ¿No te gusta la champaña o no te gusta el alcohol? —preguntó Jeremy cuando Alasdair desapareció.

—No me gusta la champaña... ni el vino.

— ¿Cuándo entregamos los regalos? —preguntó Charlie Hawkins, acercándose.

—Después de cortar la tarta. Pero el mío no será una sorpresa porque Adam lo ha elegido por mí.

— ¿Qué es?

—Un antiguo cofre de plata. Vacío, claro. Habrá que llenarlo de dinero para cuando Hal cumpla los dieciocho.

—Yo colaboro, si quieres —rió Charlie—. Me alegró mucho que Adam me hiciera padrino de su hijo. La verdad, no lo esperaba.

—Una persona con más tacto no preguntaría, pero yo soy famoso por no tener tacto en absoluto... ¿por qué os enfadasteis? —preguntó Jeremy.

—Hace tiempo nos peleamos por una chica... antes de Gabriel, claro. Afortunadamente, ella le ha convencido para que olvidásemos el enfado.

—Y Adam está muy contento —sonrió Kate. En ese momento, Alasdair volvía con su copa—. Gracias.

—Limonada, lo juro.

—Si me perdonan, señores, la obligación me llama —dijo ella entonces, levantándose—. Gabriel y Adam están a punto de cortar la tarta.

Cuando iba a acercarse a la mesa, su hermana Leonie la llevó aparte.

— ¿Qué tal con Alasdair?

—Hemos charlado amistosamente.

— ¿Amistosamente? —repitió Leonie, irónica—. A menos que me equivoque, Alasdair Drummond siente algo mucho más que amistad por ti, hermanita.

ADAM hizo un pequeño discurso, tomaron la tarta, brindaron por el pequeño Hal y después colocaron al niño sobre una manta para entregarle sus tributos, como si fuera un principito.

—Mi hermano encontró este cofre de plata, así que al menos sé que es un artículo de lujo.

—Es muy bonito, cariño —sonrió su padre.

Charlie Hawkins dejó escapar un suspiro.

—Yo no he comprado mi regalo en Dysart's y ahora me arrepiento. A lo mejor no estoy a la altura.

Adam le aseguró a su amigo que el juego de vasos de plata era de una calidad impecable.

—Pero seguro que te ha costado un dineral.

—Eso no importa —dijo el hombre, dejando su sitio a Jeremy Blyth.

—Para mí ha sido un problema encontrar el regalo. Había pensado regalarle un cuadro, pero a la vista del ojo crítico de los padres, decidí que no sería buena idea —suspiró, ofreciendo una caja de la que Gabriel sacó, boquiabierta, un viejo oso de peluche.

Los invitados se quedaron sorprendidos, pero Adam le dio un golpecito en el hombro.

—Un Steiff —murmuró, al ver el botón cosido a la oreja—. Y muy antiguo.

—Intenté comprar uno de los peluches rescatados del Titanic, pero pedían una millonada.

—Muchas gracias, Jeremy —sonrió Gabriel, besándolo en la mejilla.

Alasdair esperó a que los demás invitados diesen sus regalos antes de entregar el suyo, una taza de plata con dos asas.

— ¡Un quaich escocés! —exclamó Adam—. Muchísimas gracias, amigo. Son rarísimas.

Por fin, cuando todo el mundo empezó a marcharse, Kate supo que había llegado el momento. Y que no podría evitarlo.

—Quiero hablar contigo —le dijo Alasdair.

Era lo último que deseaba y no disimuló su desgana mientras lo acompañaba al estudio.

—Solo un momento. Tengo que despedirme de la gente.

—No pienso marcharme hasta que prometas que volveremos a vemos —anunció él, colocándose en el quicio de la puerta.

— ¿No piensas dejarme salir hasta que acepte?

—Así es.
—Ah, muy bien.
—Solo quiero que cenemos juntos para hablar de los viejos tiempos.
— ¿Esta semana?
—No, el año que viene —replicó Alasdair, irritado—. ¿Siempre eres tan difícil?
Kate se encogió de hombros.
—De acuerdo. El jueves entonces.
—Vendré a buscarte a las nueve. ¿Dónde quieres cenar?
—En algún restaurante cercano. Le preguntaré a Adam.
—Muy bien. Te llamaré por si acaso has cambiado d opinión —suspiró él—. Antes era más fácil tratar contigo, Kate.
—Sí, tú chascabas los dedos y yo me ponía a bailar. Pero he crecido mucho desde entonces.
Cuando los invitados se despidieron, Fenny la acorraló.
— ¿Qué quería Alasdair Drummond?
— ¡Fenny! —exclamó su madre—. Deja a tu hermana en paz.
—Solo ha preguntado lo que todos queremos saber —rió Adam—. ¿Vas a salir con él?
Kate hizo una mueca.
—No he podido evitarlo.
— ¿Qué quieres decir?
—Que no me apetece mucho cenar con Alasdair, la verdad. Pero se ha puesto un poquito pesado.
— ¿Es que no te cae bien?
—No me gustó nada que fuera a buscarme al colegio. Mis compañeros van a estar tomándome el pelo hasta julio.
—Pues a mí puede ir a buscarme cuando quiera —sonrió Fenny—. Además, a un chico tan alto como Alasdair le iría mejor una patilarga como yo.
—Lo dudo —rió su hermano—. Alasdair Drummond prefiere las mujeres con cerebro.
— ¡Oye! Yo no soy tan lista como Kate, pero tampoco soy idiota.
Kate cambió de tema inmediatamente, preguntando dónde podrían ir a cenar. Varias horas después, cuando Gabriel, Adam y el niño se fueron a casa, subió a su habitación.
Pero no podía dormir.
La reaparición de Alasdair Drummond era turbadora. Después del último encuentro, cuando la amonestó por lo que, según él, era desperdiciar un gran talento como investigadora, Kate decidió borrarlo de su mente.

Pero había sido su primer amor y seguía afectándola como ningún otro hombre. Una inconveniencia, nada más. Alasdair Drummond no volvería a arruinar su vida.

Al día siguiente, Kate llevó a Fenny a la universidad y después de tomar café con sus compañeras de dormitorio, volvió a Stavely.

— ¿Qué vas a hacer el resto de la semana? —le preguntó su madre.

—Lo menos posible. Mañana he quedado con Toby, pero lo único que pienso hacer es dormir, pasear al perro y jugar con mi ahijado. Aunque debería pasarme por Pennington... ¿quieres ir de compras conmigo, mamá?

—Tu madre siempre quiere ir de compras —rió Tom Dysart.

—Muy cierto. Tengo que ir al dentista mañana, así que si te parece... ¿Qué necesitas?

—Poca cosa. Un jersey, ropa interior y ver escaparates —sonrió Kate.

Cuando estaban cenando sonó el teléfono. Era Alasdair.

— ¿Nos vemos el jueves por fin?

—Sí, caro. Podemos cenar en Forrester's Arm, que está muy de moda. Nos vemos a las nueve...

—Espera, ¿es que tienes prisa?

—Estoy cenando, lo siento. Hasta el jueves.

Kate volvió a la mesa, preguntándose por qué Alasdair Drummond, que llevaba años sin verla, de repente no podía dejarla en paz.

Al día siguiente, en Pennington, compró un jersey azul marino, ropa interior de algodón... y se negó a comprar un vestido para la cena con Alasdair.

—Pero hija, si te lo regalo yo —insistió su madre.

—El que llevé al bautizo me ha costado un dineral, así que pienso sacarle rendimiento.

—Pero mira qué vestidos tan bonitos... Su resistencia se debilitó al ver unos pantalones de lino color coral.

—La verdad es que me vendrían bien.

—Necesitas algo un poco frívolo, hija. Por favor, deja que te los compre.

Kate se rindió. Pero cuando su madre le compró dos conjuntos de ropa interior de encaje, decidió que era el momento de escapar.

—Vamos, criatura subversiva. Salgamos de aquí antes de que me hagas olvidar todos mis principios.

Su madre insistió en comprar dos camisetitas y un conjunto para Hal, una barra de labios para ella y un montón de productos gourmet antes de seguir viendo escaparates.

Más tarde, durante la comida, Frances Dysart parecía tan contenta que Kate se sintió culpable. Debería ir a Stavely más a menudo, pensó.

A las tres, su madre entró en la consulta del dentista y ella se fue a Dysart's, la sala de subastas de la familia. Llevaba tantas bolsas que se le cayó una al suelo y un hombre se inclinó para ayudarla.

Jack Spencer.

— ¡Qué casualidad! Como ve, señor Spencer, llevo un par de horas comprando. ¿Qué tal el recién nacido?

—En la incubadora durante un par de días, pero está bien.

— ¿Y Abby?

—Feliz con su hermanito —sonrió él—. Y parte de esa felicidad se la debernos a usted, señorita Dysart.

— ¿A mí?

—Por supuesto. Mi hermana se quedó muy tranquila al saber que Abby estaba con su profesora. ¿Quiere que comamos juntos para celebrar que tengo un nuevo sobrino?

—Acabo de comer con mi madre...

— ¿Y dónde va?

—A la sala de subastas Dysart's.

— ¿Es de su familia?

—Sí, de mi padre.

—Ah, claro, por eso me sonaba el apellido. ¿Por qué no tomamos un café en el Chesterton?

—Pues... he quedado con mi madre a las cuatro.

Jack tomó sus bolsas, sonriendo.

—Pues entonces, vamos. Quiero que me cuente todo lo que ha hecho desde el día que nos vimos.

— ¿Siempre convence a la gente para que haga lo que usted quiera?

—Casi siempre —admitió él.

Kate observó su traje, de tan buena calidad como los que llevaban su padre o su hermano.

— ¿Hoy tiene el día libre?

—No, es que he venido a una entrevista. Volvía a casa cuando la vi con esas bolsas.

— ¿Quiere decir que paró el coche al verme?

—Paré el coche y salí corriendo como si fuera un bólido. Lástima

que no llevase flores conmigo.

— ¿Más flores? —rió ella.

—Vamos, dese prisa. Solo tengo cincuenta minutos para estar con usted.

Kate iba en vaqueros y cuando entró en el hotel Chesterton deseó haberse puesto un poco más elegante.

—No estoy vestida para venir aquí —murmuró, mientras Jack la llevaba a través de un bar lleno de ejecutivos.

—A mí me parece que está muy guapa.

—Gracias.

Ella lo observó, divertida. No era tan alto como Alasdair, pero había en él un aire de autoridad que llamaba la atención. Se preguntó entonces qué haría exactamente. Desde luego, no parecía un albañil.

— ¿Qué ha comprado? —le preguntó cuando encontraron mesa.

—Poca cosa. Un jersey... pero lo que más me gusta es ver escaparates.

— ¿Y qué hace para divertirse en Foychurch?

—De todo. Ser profesora no es un trabajo de ocho a tres. Y, además de la rutina diaria, llevo el club de ciencia, organizo las excursiones del colegio, ayudo en el teatro...

—Me refiero a su vida social —la interrumpió él.

—Suelo ir a cenar a Hereford con amigos. En verano disfruto de mi jardín y en invierno colaboro con la sociedad dramática de Foychurch.

— ¿Y los hombres? El que vi el otro día en su casa, por ejemplo.

Kate se encogió de hombros.

—Alasdair es un amigo de la universidad. Acaba de volver de Estados Unidos.

— ¿Y eso significa que va a monopolizar su vida social?

—Yo no dejo que nadie monopolice mi vida social, señor Spencer.

—Por favor, llámame Jack.

—De acuerdo, Jack.

—Ah, mucho mejor. Además de ese Alasdair, ¿hay otros hombres en tu vida?

—Salgo con un par de ellos. Por separado, claro —sonrió Kate.

Él sonrió también.

—Ahora sé un poco más de ti. Pero no me has preguntado nada sobre mí. ¿Eso significa que no te intereso lo más mínimo?

—No, solo que soy una chica educada.

—Ah, muy bien. Pues entonces contestaré a las preguntas que tú eres demasiado educada para formular.

—No tienes por qué...

—Soy soltero, solvente, tengo treinta y nueve años y construyo

casas.

—Y eres el tío de Abby —le recordó ella.

— ¿Eso me ayuda?

— ¿A qué?

—Me gustas, Katharine Dysart —sonrió Jack—. ¿Yo te gusto?

Ella lo miró, atónita.

— ¿Siempre eres tan directo?

—No. Puedo ser tan retorcido como cualquiera, pero en lo que se refiere a ti prefiero ser claro. ¿Quieres cenar conmigo?

— ¿A qué pregunta respondo primero? —rió Kate.

—Si cenas conmigo, entenderé que te gusto —sonrió él entonces.

—Lo siento, pero he quedado con un amigo.

— ¿El de la universidad?

—No, otro.

—Yo solo tengo libre el jueves. ¿Te parece bien?

—Lo siento. El jueves he quedado con Alasdair.

Jack dejó escapar un suspiro.

—Veo que eres una chica muy ocupada, Katharine... ¿o estás diciéndome que no tengo nada que hacer?

—Los amigos me llaman Kate.

—Kate... —sonrió él—. ¿Te llevo a Dysart's?

—Sí, gracias.

Cuando aparcaba el jeep frente a la sala de subastas, Adam abrió la puerta.

— ¿Es uno de tus amigos?

—No, es mi hermano. Adam, te presento a Jack Spencer, tío de una de mis alumnas.

—Encantado.

—Debería venir a alguna de sus subastas. La verdad es que necesito unos muebles...

— ¿De qué período?

—Siglo XIX.

—Ven a echar un vistazo cuando quieras —dijo Kate—. Mi padre es el que lleva los muebles.

—Lo haré encantado. Y espero tener más suerte la próxima vez que nos veamos.

—Gracias por el café.

Cuando el jeep se alejó, Adam se volvió hacia ella con el ceño fruncido.

— ¿Qué ha querido decir con eso de la suerte?

—Quería cenar conmigo, pero esta noche he quedado.

— ¿Con Alasdair?

—No, con él he quedado el jueves. Esta noche he quedado con Toby —sonrió Kate—. Y cierra la boca, hermanito. Te van a entrar moscas.

— ¿Desde cuándo conoces a ese Spencer?

—Desde el viernes. ¿Qué es esto, un interrogatorio?

—Parece que os lleváis muy bien. ¿Vas en serio con ese hombre?

—En absoluto. Como no voy en serio con Toby o con Phil. Sé que tanta vida social es inusual para una sosa como yo, pero…

—Yo no te veo así.

—Pues Fenny sí. Y tiene razón. Así que he decidido pisar página y animar un poco mi vida.

Capítulo 5

SU MADRE se quedó sorprendida cuando le contó que, mientras ella estaba en el dentista, había tomado un café en el Chesterton con Jack Spencer.

—Llévala directamente a casa, Frances —rió su padre—. O quién sabe con quién más se encontrará.

— ¿Dónde vas esta noche, al Forrester's Arm? Ah, no, claro, si vas allí el jueves con Alasdair... ¿Y mañana? ¿También has quedado con alguien o podremos disfrutar del placer de tu presencia?

—A menos que reciba una oferta mejor...

— ¿Lo ves? Deberías haberte comprado un vestido —suspiró su madre.

—El de lana me gusta mucho.

—Yo preocupada porque pensaba que te aburrías en Foychurch y resulta que no paras.

—Son solo amigos, mamá.

— ¿Y ese Jack Spencer también?

—También. Además, es el tío de una de mis alumnas.

—Pero a Adam le ha caído muy bien —sonrió Frances Dysart, misteriosa.

— ¿Qué tal con Toby? —le preguntó su madre al día siguiente—. ¿Lo pasaste bien?

—Como siempre —sonrió Kate—. Y sí, me ha dado un beso de buenas noches. Y no, no voy a verlo hasta que vuelva a Foychurch.

—Sólo pregunto porque estoy interesada —protestó Frances Dysart —. Alasdair llamó anoche. Por lo visto, no contestabas al móvil.

—Lo dejé en casa. ¿Qué quería?

—Oficialmente, confirmar la cena del jueves. Pero yo creo que quería charlar contigo.

— ¿Y qué le dijiste?

—Que estabas cenando con un amigo. Vendrá a buscarte a las nueve.

Kate levantó una ceja.

—Ya habíamos quedado.

—Y está vigilándote —rió Gabriel.

— ¿Puedo llevarme al niño a dar un paseo?

—Por supuesto. Me encantaría echarme un rato —suspiró su

cuñada.

Kate paseó, pensativa. No podía creer que Alasdair tuviese tanto interés en ella. En Cambridge nunca la trató más que como a una hermana pequeña.

Sin embargo, cuando parecía verla como a una mujer atractiva, lo que siempre había deseado… ella no tenía el menor interés.

Ni en él ni en ningún otro. Entonces sonrió, mirando el gorrito de lana de su sobrino. Asombroso que todos los hombres fueran tan frágiles de pequeños. Incluso Alasdair Drummond.

Pero resultaba difícil creerlo cuando apareció el jueves a las- nueve. Con un jersey de cuello alto beige, vaqueros negros y una cazadora verde al hombro, era un hombre alto, fuerte, seguro de sí mismo… y nada frágil.

— ¿Estás lista, Kate?

—Sí, voy por mi abrigo —contestó ella, entrando en la cocina para despedirse de su madre—. Ha llegado Alasdair y parece tener prisa.

—Pensé que ibas a ponerte el vestido dorado.

—No es dorado, mamá. Es de color ámbar. Además, hace frío y Forrester's solo es un pub. He pensado que iría más cómoda en vaqueros.

Kate llevaba un jersey de lana color canela y se había hecho un moño alto del que caía algún rizo, como por casualidad.

—Estás muy guapa de todas formas —dijo su madre—. Pero no te pongas la cazadora…

— ¿Por qué no? Ve a decirle hola mientras subo a la habitación.

— ¿Tu madre te ha dicho que llamé la otra noche? —preguntó Alasdair.

—Sí. Pero había salido a cenar con un amigo.

— ¿Con el hombre que vi en tu casa?

—No, otro amigo.

Él condujo en silencio durante un rato.

—Y hablando de ese amigo… dijiste que era importante. ¿A qué te referías exactamente?

—Todavía no lo sé.

— ¿Adam lo conoce?

—Sí.

— ¿Y le cae bien?

Kate lo fulminó con la mirada.

—Yo no necesito la aprobación de mi hermano, pero resulta que sí. Jack Spencer le cae bien.

— ¿Y por qué no lo invitaste al bautizo?

—Porque era una fiesta familiar.

—Yo sí estuve.

—Pero yo no te había invitado.

—Estoy empezando a pensar que esto ha sido un error —murmuró Alasdair entonces.

—Podemos volver, si te apetece.

— ¿Quieres volver a casa?

Kate se encogió de hombros.

—Me da igual. Mis padres ya habrán cenado.

—O sea, que soportas mi compañía solo si te invito a cenar.

Ella hizo una mueca.

—Si estoy siendo antipática, lo siento. Pero la última vez que nos vimos acabamos separándonos de mala manera. ¿De verdad esperabas que te recibiera con los brazos abiertos?

—Si lo esperaba, no he tenido suerte —suspiró Alasdair—. Sé que debería haber llamado, pero estaba un poco triste después del funeral de mi abuela... No quería estar solo en su casa, así que fui a verte.

—Y recibiste una fría bienvenida —dijo Kate.

—Desde luego. ¿Tengo que girar aquí?

—Sí, el pub está a la derecha.

El Forrester's Arm era muy popular y Alasdair tuvo que abrirse paso prácticamente a codazos. Kate vio a Chris y Jane Morgan, vecinos de sus padres, sentados en una esquina.

—Quedaos con nosotros, están a punto de darnos mesa en el comedor —sonrió Cris—. ¿Cómo estás, Kate?

Después de hacer las presentaciones, Alasdair se acercó a la barra para pedir las copas.

—No sabía que esto estaría tan lleno un día de diario.

—Es por el nuevo chef —le explicó Jane—. Espero que hayáis reservado mesa.

—Sí, creo que lo ha hecho Alasdair.

— ¿Es tu novio? —preguntó Cris.

—No, solo es un amigo. Fuimos juntos a la universidad hace siglos.

— ¿Hace siglos? No eres tan mayor, Kate —rio Jane—. Y es muy guapo, por cierto. Ah, mira, el señor Jennings nos está llamando.., ya podemos cenar.

—Menos mal —suspiró su marido—. Estoy muerto de hambre. Encantado de verte, Kate.

—Lo mismo digo. Y gracias por la mesa.

Mientras esperaba, decidió cambiar de actitud con respecto a Alasdair. Si había aceptado cenar con él, lo menos que podía hacer era

portarse amablemente.

Una joven se acercó entonces con una carta y le explicó que, como tenían mucha gente, tardarían un rato en darles mesa.

—Seguramente tendremos que esperar —le dijo a Alasdair cuando volvió con dos copas.

—Ya me imagino. Pedir algo en la barra es como pelearse en un campo de rugby.

— ¿Qué me has traído?

—Un sumo de fruta —contestó él—. Sin gota de alcohol.

—No es que no me guste el alcohol. Solo me desagradan la champaña y el vino.

—Solías beber alguna vez.., cuando estábamos en la universidad.

—He cambiado mucho desde entonces.

—Desde luego que sí. Y ojalá supiera por qué has cambiado tanto conmigo. Antes nos llevábamos muy bien.

—Es que me he hecho mayor.

—Ya lo sé... Creo que voy a tomar pato —murmuró él, mirando la carta.

—Yo tomaré el pastel de beicon y huevos –dijo Kate, sonriendo al ver su expresión—. ¿Qué pasa? Me gusta mucho.

— ¿Detecto un cierto deshielo en ti?

—Supongo que sí... la verdad es que no hago más que decirte cuánto he crecido y ya es hora de portarme como una adulta. Háblame de tu trabajo.

—No tienes que ser amable conmigo solo porque vaya a invitarte a cenar —rió él.

—No, de verdad me interesa.

Alasdair le habló sobre su labor en Healthshield, la internacional farmacéutica para la que trabajaba. Le habían hecho director de la filial inglesa después de su exitosa investigación sobre un medicamento para controlar los ataques de esquizofrenia.

—Así que no me equivoqué demasiado sobre la droga milagrosa —dijo ella, impresionada.

—No es una cura definitiva, por supuesto. Pero si mejora en algo la calidad de vida de los pacientes, me doy por satisfecho.

—Brindemos por ello —dijo Kate, levantando su copa.

—Por cierto, ¿a qué se dedica el hombre que vi en tu casa?

— ¿Jack? A la construcción, creo.

—Ah, ya. ¿Y qué construye?

—Casas.

—Muy interesante.

Media hora después, ya sentados en el comedor, charlaron

alegremente sobre un millón de cosas. Al final de la cena, Kate casi pensaba que eran los estudiantes de Cambridge. Pero había una gran diferencia: Alasdair la encontraba deseable y ella debía admitir que lo encontraba más atractivo que nunca... pero ya no estaba enamorada de él.

— ¿Dónde fuiste la otra noche con tu amigo?

—A Bristol.

—Pero si estaba nevando...

—Toby tiene un todoterreno —lo interrumpió Kate—. Alasdair, ya tengo un hermano mayor. Y con uno es suficiente.

—Créeme, Katharine Dysart, no me siento en absoluto como un hermano –dijo él entonces, mirándola a los ojos.

—Una vez lo fuiste.

—Es verdad. Pero, como tú no dejas de recordarme, has crecido mucho. Entonces eras una cría inteligente y delgada, toda ojos y pelo. Ahora eres una mujer, Kate. Y una mujer muy guapa. Pero, como entonces, lo que más me gusta de ti es el cerebro que hay detrás de esos ojos de gato.

— ¡Ojos de gato!

—De gato persa.

Volvieron a casa después de cenar, charlando animadamente... hasta que Alasdair tomó una carretera vecinal, oscura, por la que no pasaba ningún coche.

— ¿Por qué hemos parado?

—No seas ingenua —contestó él, inclinándose para besarla.

Kate no daba crédito. Era Alasdair Drummond, se decía a sí misma. Y aquello estaba pasando. En lugar de apartarse, decidió saborear la experiencia. Aunque solo fuera por curiosidad. No dijo nada cuando la aplastó contra su torso ni cuando, besándola de forma casi violenta, apartó la cazadora para acariciar sus pechos por encima del jersey.

Alasdair la deseaba. Por fin. Estar así en sus brazos era algo que había soñado durante mucho tiempo. Pero nunca se le ocurrió que pudiera ser tan intenso.

Él se apartó un poco, enredando los dedos en su pelo.

—Debía estar ciego —dijo con voz ronca. Ella lo miró, sin decir nada—. ¿No vas a preguntar cuándo?

—Sé cuándo, en la universidad. Cuando yo estaba locamente enamorada de ti.

— ¿Lo estabas? —murmuró Alasdair, besándola de nuevo.

Pero aquella vez, Kate se apartó.

—Eso fue hace mucho tiempo, así que dime la verdad. Y no me cuentes tonterías.

— ¿Qué quieres decir?
— ¿Por qué fuiste a Foychurch la semana pasada?
—Quería darte una sorpresa.
— ¿Por qué? Hace años que no sabemos nada el uno del otro. Me parece muy raro que fueras a Foychurch sin avisar cuando podrías haber llamado por teléfono.
Alasdair respondió con aquel acento de Edimburgo que solo utilizaba cuando estaba preocupado o furioso:
—Muy bien, lo admito. Sabes que comí hace poco con Adam y, por supuesto, hablamos de ti...
— ¿Qué te dijo mi hermano?
—Me preguntó por qué habías cambiado tanto después de la universidad.
Kate se volvió para mirar por la ventanilla.
— ¿Y tú qué le dijiste?
—Que no tenía ni idea. Que te habías apartado de todo el mundo, incluso de mí. Adam esperaba que yo le explicase por qué estabas tan rara. Aparentemente, solo después de unas vacaciones en Italia con Jess volviste a ser la que eras.
Alasdair dejó escapar un largo suspiro:
—Y me pregunto si yo fui el causante de todo eso.
—Admito que estaba loca por ti, pero no me rompiste el corazón. Terminé la carrera en Cambridge.., incluso con buenas notas.
—Tus notas eran más que buenas, Kate. Por eso no puedo entender...
—Si vuelves a hablar de mi trabajo, me voy andando a casa.
—Muy bien, muy bien. Pero Adam me ha hecho pensar. Intento averiguar por qué te hice daño, Kate. Por eso, cuando me invitó al bautizo, quise verte antes. Para saber si era responsable de...
—Ah, ya veo. Fuiste a Foychurch para buscar absolución por un pecado que ni siquiera creías haber cometido —lo interrumpió ella—. No te preocupes, Alasdair. Tú no arruinaste mi vida. De hecho, me gusta tal como es.
—Si tú lo dices...
—No todo el mundo necesita un gran expediente académico. Jack Spencer, por ejemplo. Él está muy cómodo con su trabajo y no tiene que dirigir una multinacional para sentirse feliz. Y yo tampoco.
—Entonces, ¿Adam está imaginando cosas?
—Sí. Y ahora, ¿podemos cambiar de tema?
—Lo que tú digas —suspiró Alasdair, tomando su mano—. Me alegra mucho haberte visto, pero quiero verte otra vez. ¿Qué tal si comemos el sábado en Pennington? Por favor.

Kate se lo pensó, encantada de tener a Alasdair Drummond suplicándole. Y como no tenía nada planeado para el sábado, decidió que no había nada malo en volver a verlo.

—Muy bien. Nos veremos en la sala de subastas.

— ¿Irás en tren?

— ¿En tren? De eso nada, iré en mi coche.

— ¿Y si nieva?

—Puedo dormir en el sofá de la oficina. O en tu casa de Gloucester.

Alasdair sonrió.

— ¿Confías en mí?

—Por supuesto. Si no, no hay trato.

—En otras palabras, que de manitas nada —suspiró él teatralmente —. Eso será muy difícil, Kate.

—Si te refieres a lo que acaba de pasar, solo ha sido un beso entre viejos amigos... —el resto de la frase fue ahogada por otro beso que tenía muy poco que ver con la amistad.

—Supongo que ahora habrás cambiado de opinión —dijo Alasdair, apartándose.

Si fuera sensata, sí. Pero saber que la deseaba añadía un elemento de peligro que era demasiado humana como para no disfrutar.

—No tengo nada planeado para el sábado. Pero tendré que volver temprano a casa.

El sábado amaneció claro, sin signos de nieve. Con la bendición de toda la familia Dysart, Kate tomó la carretera de Pennington sabiendo que, si tuviera que quedarse a pasar la noche en casa de Alasdair, nadie se preocuparía... Adam menos que nadie.

Pero no sabían que Alasdair Drummond era un hombre que se dejaba llevar por la pasión, como cualquiera. Kate estaba segura de que solo el reducido espacio dentro del Maserati impidió que llegasen más lejos.

Lo cual significaba que, seguramente, esperaría más en otras circunstancias.

Eso no la preocupaba. Le gustaban los besos de Alasdair. Y más porque ya no estaba loca por él. Pero, a pesar de su apasionado comportamiento la noche anterior, estaba segura de que habría parado si se lo hubiese pedido. Y que lo haría en cualquier sitio. Por ejemplo, en su casa de Gloucester. Una idea interesante... Aunque solo fuera para ver dónde vivía.

Cuando llegó a Pennington, encontró el Maserati aparcado frente a

la sala de subastas. Y al propietario charlando con su hermano.

—Buenos días, Alasdair... ¿Qué te pasa, Adam? ¿No has dormido bien?

—He tenido que levantarme a las dos y a las seis para darle el biberón a Hal.

—Las alegrías de la paternidad —rio Kate.

—No me quejo... demasiado —suspiró su hermano, mirando a Alasdair—. Tú deberías probarlo.

—Eso espero, algún día. Adam me ha recomendado un restaurante francés que está cerca de aquí. ¿Te apetece?

—Muchísimo. Pero me costará acostumbrarme a hacer la comida cuando vuelva a Foychurch. ¿Por qué no vienes con nosotros, Adam?

—No, gracias. Por cierto, tu amigo vino esta mañana.

— ¿Qué amigo?

—Jack Spencer. Le he enseñado algunos muebles que podrían interesarle.

— ¿Le ha gustado alguno?

—Varios. Le he enseñado tus cosas, pero no ha habido suerte, Alasdair.

—Qué se le va a hacer. Depende del gusto de cada uno, supongo.

De modo que Jack Spencer no había querido los muebles del sofisticado Alasdair Drummond...

— ¿Qué clase de muebles buscaba? —preguntó Kate, disimulando una risita.

—Le ha gustado mucho una mesa de caoba de 1800. Y un broche de Cartier...

—Tenemos que irnos —dijo Alasdair, con cierta brusquedad—. Hasta luego, Adam.

—Adiós.

— ¿Tienes prisa?

—Solo quería tenerte para mí solo. Menos mal que tu hermano no ha querido venir con nosotros.

—Ah, yo pensé que disfrutabas mucho de su compañía. ¿No comiste con él en el Chesterton hace poco?

—Sí, para hablar de negocios... y de ti. ¿Quieres comer en el Chesterton?

—No, es demasiado caro. El otro día tomé café allí con Jack.

—Ah, ya veo. El albañil tiene gustos caros.

Kate lo miró, divertida. Alasdair llevaba un traje gris, casi del mismo tono que sus ojos... que en aquel momento parecían tormentosos. Igual que su paso.

—No vayas tan rápido.

—Lo siento.

— ¿Por qué te ha molestado el gusto de Jack en muebles?

—En muebles, no. En mujeres. Una mujer en concreto. ¿Para quién será ese broche de Cartier?

—Ni idea.

—Dime la verdad. ¿Vas en serio con ese hombre, Kate?

—No es asunto tuyo, pero la respuesta es no. No voy en serio con nadie.

— ¿No quieres comprometerte con nadie?

—Por ahora, no.

— ¿Por qué?

Kate lo miró, exasperada.

—Vamos a cambiar de tema o no disfrutaré del almuerzo.

De todas formas, no disfrutó del almuerzo porque lo primero que vio al entrar en el restaurante fue a Jack Spencer.

JACK levantó la mirada del periódico que estaba leyendo.

— ¡Kate! Tu hermano no me dijo que ibas a venir aquí cuando me recomendó este sitio.

—Hola, Jack. Adam me dijo que habías estado en Dysart's esta mañana —sonrió ella. Aunque su hermano iba a pagar por aquella bromita—. Te presento a Alasdair Drummond. Alasdair... Jack Spencer.

Los dos hombres se saludaron con frialdad. Afortunadamente, el camarero los sentó al otro lado del restaurante.

— ¿Adam se lleva una comisión por traer gente aquí?

—Se lo preguntaré cuando llegue a casa.

— ¿Tu amigo vive en Pennington?

— No.

— ¿Dónde vive?

—No lo sé. Hace poco que nos conocemos y, al contrario que tú, no suelo someter a mis amigos a un interrogatorio.

Después de eso Kate estudió el menú en irritado silencio.

— ¿Qué quieres beber?

—Agua mineral, por favor.

—Deberías haber venido en tren. Así podrías disfrutar de una copa de vino.

—No bebo vino. Y tampoco tengo mucha hambre. Voy a tomar una sopa.

— ¿Qué quieres hacer después de comer?

— ¿Qué sugieres?

—Lo pensaré mientras comemos.

Cuando estaban en el segundo plato, Alasdair volvió la cabeza.

—Tu amigo se marcha.

Kate le dijo adiós con la mano y Jack le devolvió el saludo, sonriendo.

—Es muy agradable.

—Ya lo veo. Yo no me habría alegrado tanto de verte en las mismas circunstancias.

—Soki es un amigo, ya te lo he dicho.

— ¿Y yo también?

—Por supuesto.

Alasdair suspiró, apenado.

—Desde luego, sabes cómo hundir a un hombre.

—Lo siento, de verdad. Nuestro almuerzo de despedida no está

siendo un éxito.

— ¿Despedida?

—Mañana me marcho a Foychurch.

—Foychurch no es otro planeta. Y después de los kilómetros que he hecho en Estados Unidos, las distancias en Inglaterra me parecen pequeñísimas.

— ¿Quieres decir que irás a verme?

—Si no te molesta...

Kate lo miró, especulativa.

—Llevas muchos años sin disfrutar de mi compañía. ¿A qué viene tan repentino interés?

—Podría decir que estoy un poco triste por la muerte de mi abuela, que ya no conozco a nadie en Gloucester, que mis amigos viven en Edimburgo o Estados Unidos... todo eso es verdad. Pero lo cierto es que prefiero pasar mi tiempo contigo. ¿Resulta tan difícil de creer?

—Me temo que sí —contestó ella, impaciente.

—Pues tendré que convencerte. Vamos a tomar café y después, de compras.

— ¿De compras?

—Tengo que llenar la nevera. El almuerzo ha sido un desastre, así que te invito a merendar en casa. Así podrás darme algún consejo sobre decoración. Y si temes que quiera retomar lo que empezamos en el coche, estáte tranquila. Prometo contenerme.

—Muy bien. La verdad es que siento curiosidad por conocer tu casa...

Segura de que el Maserati la dejaría atrás, Kate le pidió indicaciones para llegar a Gloucester. Y se alegró al ver que no iba muy lejos de Alasdair cuando llegaron a la finca. En la entrada había dos pilares de piedra y el camino estaba rodeado de árboles. Un sitio precioso.

Cuando él abrió la puerta del coche, Kate le pidió que le enseñase el exterior.

—La casa empezó a construirse a finales del siglo XVIII, pero el frontal es victoriano. Esas ventanas con asiento debían ser la última moda entonces.

Alasdair abrió la enorme puerta de roble, tras la cual había otra con vidrieras de colores.

Un largo pasillo llevaba hasta la cocina, con el suelo de piedra, una cocina de leña y un enorme armario de pino que ocupaba casi toda

una pared.

—La cocina de leña ya no funciona, por eso tenemos otra eléctrica.

—Qué maravilla —exclamó Kate, admirando un grupo de sillas Windsor—. No cambiarás nada, ¿verdad?

—Solo el color, de las paredes.

— ¿Eso es una alacena?

—Sí, dentro tengo una nevera industrial, un lavavajillas y una lavadora.

Mientras ella miraba alrededor, Alasdair puso agua a calentar y abrió la cajita de pastas que habían comprado en Pennington. Después, colocó un jarrón con flores sobre la mesa.

—No quiero ser menos que tu amigo, el albañil.

—No sabía que eras un snob —replicó Kate, irritada.

—No lo soy. Me da igual cómo se gane la vida. Pero me irrita que sea tu «amigo».

—Tengo muchos amigos. Tengo otro que es contable y otro que es profesor de gimnasia. Aunque, para ti, Phil Dent debe de tener más categoría que yo porque da clases en un colegio carísimo.

Alasdair dejó la jarra de leche sobre la mesa con tal fuerza que parte del contenido se derramó.

—Por última vez, yo no critico tu profesión. Pero sabes tan bien como yo que no tenías ninguna intención de ser profesora cuando estudiabas en Cambridge. ¿Se te olvida que era a mí a quien le confiabas tus cosas? Todos esos sueños sobre ser parte de un equipo de físicos...

—Entonces era una cría.

—Eso es verdad —suspiró él, dejando una pasta sobre su plato como gesto de buena voluntad.

—Cuando te fuiste de Cambridge, experimenté algo así como una revelación —dijo Kate entonces—. Decidí que me daba igual que alguien hubiera descubierto el ADN antes que yo. Se acabaron los sueños. La realidad era un asunto muy respetable y, por eso, hice un curso de entrenamiento para profesores de enseñanza primaria.

—Tu título universitario era bastante más respetable.

— ¿Podemos hablar de otra cosa?

—Muy bien. Hablemos de pintura.

—Buena idea.

— ¿De qué color debería pintar la cocina? Yo había pensado en algún azul.

Kate negó con la cabeza.

—Demasiado frío para un suelo de piedra. Deberías pintarla en color terracota... incluso rojo.

Alasdair miró la pared un momento, asintiendo.

—Tienes razón. Cuando termines el té, te enseñaré el resto de la casa.

Kate se lo tomó de un trago.

—Vamos ahora mismo.

Como Alasdair se había deshecho de gran cantidad de muebles, esperaba que la casa tuviera un aspecto un poco desangelado, pero el cuarto de estar era precioso, con sillones de piel y cojines de bordados. Y en el salón había dos sofás de terciopelo color crema. Frente a una de las ventanas, un sofá bergere que habría despertado la envidia de su padre.

—Pensé que te habías librado de los muebles.

Él negó con la cabeza.

—Solo de los que no me gustaban. Como ves, he conservado algunos cuadros y piezas de plata. Pero, con la aprobación de mi madre, me libré de una silla cubierta de pelo de caballo, de varias mesas, armarios y no sé qué más. En el comedor había un taquillón con un espejo hasta el techo y el piso de arriba estaba lleno de cómodas y armarios roperos.

— ¿Y dónde vas a guardar tus cosas? —preguntó Kate, siguiéndolo por la escalera.

—He conservado uno muy antiguo, pero pienso hacer armarios empotrados.

Alasdair la llevó hasta lo que era, evidentemente, el dormitorio principal, con una cama casi tan enorme como el armario de tres lunas.

—Qué maravilla.

—Pienso hacer un cuarto de baño aquí, en el vestidor. Y añadir uno a otra de las habitaciones. Mis antepasados consideraban que un solo cuarto de baño era suficiente, pero ahora eso rebaja el precio de la propiedad.

— ¿Piensas venderla?

Él se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Es una casa preciosa. No creo que tuvieras ningún problema para venderla.

—Pero es demasiado grande, para una gran familia. Mi madre es hija única y yo también, de modo que nunca se ha aprovechado del todo.

— ¿Tus padres no quieren vivir aquí?

—No, qué va. Les gusta mucho Edimburgo. Cuando era pequeño me traían aquí en vacaciones y lo pasaba muy bien pescando y

ayudando a mi abuela en el jardín. La verdad es que siempre me ha gustado este sitio.

—Lo entiendo —sonrió Kate.

—Y ya está bien de nostalgia —dijo él entonces—. Ahora vamos a hablar de pintura.

—A mí me gustan los colores básicos, pero quizá tú prefieras algo más sobrio.

—Me gustan las paredes doradas en tu casita de muñecas.

—No es una casita de muñeca. Y las paredes son de color maíz. Menos mi dormitorio, que está pintado de color albaricoque.

—Ah, me gustaría mucho ver tu dormitorio. Solo como parte de mi investigación sobre colores, claro.

—Pero aquí no irían bien los colores pálidos —siguió Kate, como si no lo hubiera oído—. Las habitaciones son tan grandes que puedes pintarlas como quieras.

Después de hablar largamente sobre colores y texturas para la casa, Alasdair miró su reloj.

— ¿A qué hora piensas volver a Stavely?

—Pronto, me temo.

— ¿Tienes que hacerlo?

—No «tengo» que hacerlo. Pero quiero hacerlo.

—Quédate a cenar, Kate. Yo haré la cena.

—Esa es una oferta que no puedo rechazar. Me encanta que un hombre cocine para mí.

— ¿Lo hacen a menudo?

—Phil, el profesor de gimnasia, se cree un chef. Pero Toby, el contable, prefiere que cenemos fuera.

— ¿Y Jack, el albañil? ¿También él es una estrella en la cocina?

—No me lo ha dicho.

—Me parece a mí que algunos amigos te gustan más que otros.

—Si fuera así, solo tendría uno.

— ¿Y si tuvieras que elegir entre los tres?

— ¿Por qué quieres saberlo?

—Tú sabes muy bien por qué —replicó él bruscamente—. Vamos a dar una vuelta por el jardín.

Le halagó que se enfadase, pero Kate seguía intrigada por su actitud. Alasdair Drummond no era una persona ilógica ni poco razonable.

—Hace una tarde preciosa —murmuró.

—Ojalá estuviera nevando. Preferiría que te quedases a dormir aquí, en lugar de irte a Stavely. Conducir de noche...

—Me iré inmediatamente después de cenar, no te preocupes. Antes

de que se haga de noche.

—Y mañana te marchas a Foychurch, ¿no? ¿Cuándo volveré a verte?

—Me sorprende mucho tu entusiasmo por mí. Hace años que no nos vemos, que no nos acordamos el uno del otro. Y no me digas que tú sí te has acordado de mí porque me niego a creerlo.

Alasdair se encogió de hombros.

—La verdad, volví a pensar en ti cuando llegué a Inglaterra. No me puse en contacto con Adam solo por los muebles, Kate.

— ¿Y Adam te hizo creer que yo seguía loca por ti? ¿Por eso fuiste a yerme?

—No, qué va. Ya sabes que tu hermano siempre ha sido muy protector.

—Dímelo a mí —sonrió ella—. Se puso furioso cuando te invité a pasar aquellas navidades con nosotros... ¿te acuerdas? Entonces pensaba que solo querías mi cuerpo.

Alasdair soltó una carcajada.

— ¡Cuando era el único hombre a tu alrededor que no lo deseaba!

—No me lo recuerdes —suspiró ella teatralmente—. Triste, la verdad, porque yo estaba desesperadamente enamorada de ti.

— ¿De verdad, Kate? Entonces, ¿qué he hecho para que me des la espalda?

—Nada, Alasdair. No has hecho nada.

—Ya veo. Hubieras preferido que te desease, como los demás.

—No. Solo quería que te enamorases de mí. Entonces no sabía mucho sobre el deseo.

— ¿Y has aprendido?

— ¿Qué esperabas? ¡Soy una profesora, no una monja!

Él soltó una carcajada.

—Si a Adam no le caía bien, ¿por qué me recibió con tanta amabilidad aquellas navidades?

—Porque eras mayor que nosotros y se dio cuenta de que no ibas detrás de mí. Pero mis hermanas sí estaban preocupadas.

— ¿Por qué?

—Porque eras inmune a mis encantos cuando yo te miraba con cara de adoración. Creo que Leonie sigue preocupada.

— ¿En serio?

—Leonie quiere que todo el mundo se case y viva feliz, como ella con su marido.

— ¿Y cree que no hay posibilidad de que eso ocurra conmigo?

—Exactamente —contestó Kate.

—Vamos dentro, hace frío —dijo Alasdair entonces. Una vez de

vuelta en la cocina, le pidió que se sentara mientras él hacía la cena—. ¿Quieres beber algo?

— ¿Tienes coñac?

—El mejor coñac francés.

— ¿Y ginger ale?

—También.

—Entonces tomaré una gota de tu mejor coñac francés en un vaso de ginger ale.

—Qué crimen.

Mientras tomaba su copa, Alasdair se dispuso a cocinar.

—Puedo hacer la ensalada.

—No, tú no te muevas. Harás la cena cuando me invites a tu casa.

Kate se quedó pensativa. Francamente, no le apetecía que su vida en Foychurch fuera interrumpida por las visitas de Alasdair Drummond. Era un pueblo pequeño donde se conocía todo el mundo y ella prefería tener su vida social en Stavely para ahorrarse complicaciones.

—Me parece que eso no sería buena idea.

—Pon la mesa mientras me explicas por qué.

—Prefiero que no me vean con nadie en Foychurch.

— ¿Por qué? ¿Te pidieron que hicieras voto de castidad para aceptarte en el colegio?

—No, claro que no —rio Kate.

— ¿Entonces? Yo estaré trabajando todo el tiempo, así que solo serán visitas ocasionales. Además, ¿por qué yo? Esa regla no se aplica a tu amigo Jack, ¿no?

—El día que lo viste solo me había llevado flores por haber cuidado de su sobrina.

— ¿Lo has vuelto a ver desde entonces?

—Sí —contestó ella.

— ¿Y quiere salir contigo?

—Sí.

Alasdair empezó a cortar pepinos con una violencia que la sorprendió.

—En esa idílica comunidad, la visita de un viejo amigo despertaría menos comentarios que salir con el tío de una de tus alumnas, ¿no crees? Podrían acusarte de favoritismo.

—Por favor...

— ¿Cómo te gusta la carne?

— ¿Eh?

— ¿Cómo quieres el filete, poco hecho?

Una vez sentados a la mesa, dejaron el tema para hablar de su

trabajo en Healthshield. Un tema fundamental para él y que fascinaba a Kate.

—Me estoy poniendo pesado, ¿verdad?

—No, no. Me encanta.

—Por eso nunca entenderé... No, mejor no hablar de eso.

Después de cenar, Alasdair encendió la chimenea del cuarto de estar.

—No voy a quedarme.

—Al menos, volverás a casa calentita.

—La calefacción es suficiente. No hace falta que enciendas la chimenea.

—Me gusta estar cómodo —sonrió él, sentándose a su lado en el sofá—. Bueno, como me has prohibido visitarte en Foychurch... ¿eso significa que no voy a verte hasta Semana Santa?

Kate miró el fuego, sintiéndose un poco tonta. Estaban en el siglo XXI, se recordó a sí misma. Y seguramente nadie en el pueblo tenía interés, por su vida social.

—Muy bien. Si quieres ir a Foychurch, puedes hacerlo. Pero tendrás que marcharte a una hora respetable.

— ¿Para salvaguardar tu reputación?

—No, para que pueda acostarme a una hora decente. Me levanto muy temprano.

— ¿Estás diciendo que quieres yerme?

—Estoy diciendo que puedes ir a visitarme, como cualquier amigo.

— ¿Y no debo esperar nada más que eso?

—No hay nada que esperar —dijo Kate.

—Sí lo hay —murmuró Alasdair, sentándola sobre sus rodillas.

La miró un momento, como pidiendo permiso, y después la estrechó entre sus brazos.

— DIJISTE que no querías retomar lo que habíamos empezado en el coche —lo acusó Kate.

—Esta vez no estamos en un coche, en medio de una carretera oscura. Estamos en mi casa, en mi territorio. Y me gusta mucho que estés en mis brazos.

El problema era que a ella también le gustaba.

—Es culpa mía por venir aquí.

—Estaría mintiendo si dijera que no te deseo. Además, supongo que te habrás dado cuenta.

Kate se puso colorada.

—Alasdair...

—No te preocupes. No pienso hacer nada. A menos que tú me lo pidas.

—No me gustan estas cosas.

— ¿Por qué no?

—Porque no merece la pena —suspiró ella.

—Yo creo que sí, cariño.

—Para ti quizá, pero no para mí.

—Entonces, a pesar del placer que siento al tenerte en mis brazos, ¿tú solo piensas en escapar?

—No digo que sea desagradable, pero si hubiera sabido que dabas esto por sentado como entretenimiento del día, me habría marchado a casa después de comer.

—Ah, ya entiendo.

— ¿Qué es lo que entiendes?

—Porqué estás tan rara, Kate Dysart —sonrió Alasdair—. Te molesta que la gente no muestre aprecio por ti. Supongo que yo no te lo mostré en Cambridge y después lo estropeé aún más apareciendo en Foychurch como si fueras a dejarlo todo por mí. Y estoy haciéndolo otra vez.

—Eso es cierto. Pero no es lo que más me molesta.

—Dime qué es entonces.

—No entiendo por qué haces esto —suspiró Kate—. Antes no me veías siquiera como una mujer... ¿Por qué ahora, de repente, me encuentras tan atractiva? Y no digas que cuando me viste en Foychurch te enamoraste a primera vista porque no soy idiota.

—Es muy sencillo. Yo soy un hombre y tú eres una mujer muy deseable.

— ¿Quieres decir que deseas acostarte conmigo?

—Me gustaría, pero eso no depende solo de mí.

Kate se quedó pensativa. En Cambridge estaba loca por Alasdair, pero nunca se le ocurrió la idea de hacer el amor con él. Sin embargo, en aquel momento le gustaba estar en sus brazos…

— ¿En qué piensas?

—Estaba pensando que quizá sería buena idea.

— ¿Quieres repetir eso?

—No tengo que hacerlo. Sé que no eres sordo.

— ¿Por qué crees que sería buena idea? A mí me parece maravilloso, pero…

—Yo creo que, de ese modo, cerraríamos el círculo.

— ¿Qué significa eso?

Kate lo miró, desafiante.

—Si me acuesto contigo, quizá podría librarme de mis fantasmas.

Los ojos grises del hombre brillaron de irritación.

—Si te vas a la cama conmigo no será para matar viejos fantasmas, cariño.

—Ah, te he insultado.

—Pues sí —dijo Alasdair, dejándola de nuevo sobre el sofá—. Si querías enfriarme, lo has conseguido.

—No del todo —murmuró Kate, mirando su entrepierna.

Él se levantó de un salto.

—Muy bien. He cambiado de opinión. Deberías volver a Stavely ahora mismo.

— ¿Estás echándome?

—Pensé que querías marcharte cuanto antes.

—Si no recuerdas mal, acabo de decir que sería buena idea hacer el amor contigo.

—Cuando hago el amor con alguien prefiero que sea porque los dos estamos deseando hacerlo.

— ¿No te interesa mi experimento?

—Exactamente, madame Curie. Si quieres experimentos, utiliza a otra persona. A tu amigo Jack Spencer, por ejemplo.

—No, tienes que ser tú.

Alasdair la miró muy serio.

— ¿Por qué?

—Me pregunto si tú eres la razón por la que me resulta imposible mantener relaciones con los hombres. Si hacemos el amor, es posible que dejes de ser lo que fuiste y…

—Un momento —la interrumpió él—. ¿Estás pidiéndome que te haga el amor para poder acostarte con otros hombres? ¿Qué demonios crees que soy?

—Un amigo, un viejo amigo. Hace un momento me deseabas y creo que sigues deseándome —murmuró Kate, enredando los brazos alrededor de su cuello.

—Kate, por favor… Si quieres jugar, hazlo con otro.

—Lo siento —suspiró ella entonces—. Será mejor que me vaya.

—Espera, por favor. Siéntate un momento. ¿Por qué has cambiado de opinión?

—Es que me da vergüenza.

— ¿De qué?

—De haber sugerido algo tan tonto.

Alasdair se quedó callado un momento.

—Dime la verdad. Si hiciéramos el amor, ¿sería la primera vez? ¿Por eso me has elegido para el experimento?

—No.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Yo. Yo soy el problema.

—Dime por qué —murmuró él, acariciando su pelo—. Porque si algún idiota te ha dicho que eres frígida…

—No frígida exactamente. Pero una parte de mí se ausenta cuando estoy haciendo el amor, como si estuviera haciendo algo ridículo.

— ¿Y piensas que es culpa mía?

—De alguna forma, creo que sí. ¿Quieres saber qué me pasó antes de que te fueras de Cambridge?

—Claro.

Kate se volvió hacia la chimenea.

—Entonces no me veías como una mujer. O si me veías como una mujer, no me tomabas en serio.

Durante dos años se contentó con ser una hermana pequeña para él. Y entonces el mundo se le cayó encima. Ocurrió lo impensable. Alasdair Drummond conoció a una mujer. Y, evidentemente, su relación con Lisa Bryant era muy apasionada.

—Lisa —murmuró él—. Se me había olvidado.

—A mí no. Recuerdo la noche que estábamos en el pub y apareció ella. A partir de ese momento, tú no volviste a mirarme.

—Era una chica preciosa. No muy lista, pero con un cuerpo como para tentar a un santo.

— ¡Y yo la odiaba a muerte!

—Pero solo fue una aventura, Kate.

—Según John, estabais todo el día en la cama.

— ¿Y Lisa es la razón por la que te negaste a ver a nadie?

—No, pero desde un punto de vista científico, ella fue el catalizador de ese cambio —suspiró Kate—. Así que decidí ponerte

celoso.

— ¿Con quién?

—Como no te diste ni cuenta, su identidad no importa.

— ¿Qué pasó?

—Uno de mis compañeros no dejaba de tontear conmigo y decidí salir con él.

— ¿Y?

—Intentaba encontrarme contigo todo el tiempo, pero tú no te dabas ni cuenta. Y, al final, fue un desastre.

Encantado de su buena suerte, su Romeo particular la visitó un día con una botella de champaña. Kate tomó varias copas para darse valor y cuando empezó a besarla estaba demasiado mareada como para protestar.

—Nos metimos en la cama y, de repente, las cosas se nos fueron de las manos.

— ¿Te violó? —preguntó Alasdair, con los dientes apretados.

Kate lo miró, pensativa.

—Yo no quería llegar tan lejos, de modo que técnicamente supongo que fue así. Fue una experiencia humillante y... dolorosa que no satisfizo a ninguno de los dos. Pobre chico...

— ¿Te violó y tú lo llamas pobre chico?

—Fue culpa mía. Él no sabía que era mi primera vez y yo no debí invitarlo a mi dormitorio, ni tomar champaña... Entonces fue horrible para los dos, pero ahora veo la parte divertida del asunto.

— ¿Ah, sí? Pues yo no.

—Es difícil explicarlo, pero al pobre le costó tanto trabajo... tampoco tenía ninguna experiencia. Yo era virgen y estaba histérica... En fin, un desastre colosal.

— ¿Por eso te encerraste en la habitación durante el resto del curso?

Ella asintió.

—No salía más que para ir a clase.

— ¿Por qué?

—Porque no me apetecía encontrarme con mi Romeo. Le advertí que no se lo contase a nadie, pero temía enfrentarme con las risitas de sus amigos.

—Pues debió cumplir su palabra porque yo no sabía nada. Ojalá lo hubiera sabido...

—Estabas preocupado por mí, lo sé. Por eso me llamaste tantas veces después de dejar la universidad.

—Siempre te he tenido mucho cariño, Kate.

—Entonces, ¿por qué fuiste tan desagradable conmigo la última

vez que nos vimos?

—Porque habías cambiado mucho. Eras una extraña y me sentí fatal porque temía ser responsable de ese cambio... Y, por lo visto, no me equivoqué.

—No fue culpa tuya, Alasdair.

—Adam me contó que estuviste todo ese verano en Italia. ¿Por qué tanto tiempo?

— ¿No te lo imaginas? —suspiró Kate.

Alasdair la miró, horrorizado.

— ¿Estabas embarazada?

—No, estaba enferma. Sufría de anemia y me pasé el verano tomando hierro, magnesio y vitaminas.

— ¿Qué pasó cuando volviste a Cambridge? ¿Viste a tu Romeo?

—No, ya había dejado la universidad. Pero la vida no resultó fácil porque me faltaban dos cosas muy importantes. La primera, tú. Y la segunda, el interés por la investigación. Por eso me hice profesora.

Él se quedó pensativo.

—Ahora conozco la historia. ¿O hay algo más?

—No tienes que saber nada más de mí. No te lo habría contado si no... si no hubiera intentando seducirte. Pero no volveré a hacerlo, te lo aseguro.

—Eso no es nada halagador.

—Ya me imagino —suspiró ella, mirando el reloj—. Bueno, es hora de irme.

— ¿Tienes que hacerlo?

— ¿Estás ofreciéndome la habitación de invitados?

—Si insistes.., pero la cama de mi dormitorio es mucho más cómoda —sonrió Alasdair—. Aunque sé que tengo pocas posibilidades.

—Te rindes muy rápido.

— ¿Eso es un reto? —murmuro él, buscando sus labios.

Kate respondió al beso con tanta pasión que pronto la diferencia de altura amenazó con hacerlos perder el equilibrio. Riendo, Alasdair enredó los dedos en su pelo para mirarla a los ojos, brillantes esmeraldas a la luz de la chimenea.

— ¿Sabes lo que me haces, Kate? —dijo con voz ronca.

—No, dímelo.

—Tu pelo, tu boca, tus ojos. Y esto... —murmuró, levantando el jersey.

Kate disimuló un escalofrío cuando él apartó el sujetador para acariciar sus pechos desnudos. Alasdair la rozó con la lengua y tuvo que sujetarse clavándole las uñas en la espalda. Entonces la tumbó sobre el sofá para besarla con salvaje ardor. Ella, apasionada, levantó

las caderas para rozarse contra la dura entrepierna del hombre.

—Kate...

Al corroborar su silencioso asentimiento, Alasdair la tomó en brazos.

Para ella era una experiencia tan irreal que se sentía rara. Miraba el perfil del hombre, intentando convencerse de que aquello estaba pasando. Estaba con Alasdair Drummond, el hombre del que había estado enamorada durante tantos años...

— ¿Estás segura? —susurró, sentándose al borde de la cama.

—Bueno, si quieres discutir...

Kate no terminó la frase porque Alasdair la tumbó sobre los almohadones.

—Yo nunca discuto con una señora.

Sin darle tiempo a protestar, empezó a quitarle la ropa con la rapidez y habilidad de alguien acostumbrado a hacerlo. Era Alasdair, se decía Kate a sí misma. ¿Y si lo decepcionaba? Había ocurrido antes. Lanzó un gemido cuando él la apretó contra su cuerpo desnudo y entonces descubrió que su propio cuerpo era una gigantesca zona erógena, de los pies a la cabeza. Temblando, enredó los brazos alrededor de su cuello.

—Espera —murmuró él—. Quiero que esto sea precioso para ti. Quiero que sea diferente. No te muevas, cariño.., espera un momento. Deja que te quiera como debo quererte.

La besó largamente y después empezó a besar todo su cuerpo, despacio, tomándose su tiempo. Kate disfrutó con el roce de la húmeda lengua en sus pezones, pero se puso tensa cuando sintió los dedos del hombre entre sus piernas.

Alasdair la sujetaba con fuerza, diciéndole cosas al oído.

—Somos tú y yo. Y está pasando. Sigue mirándome, Kate —susurró, mientras abría sus piernas para penetrarla de una embestida firme.

Kate se quedó inmóvil, intentando acostumbrarse a aquella invasión. Inmediatamente él empezó a moverse, sin dejar de besarla, sin dejar de acariciar su pelo. Tenía tanta paciencia que Kate perdió la suya y levantó las caderas en imperiosa demanda. Él respondió con fiereza, el ritmo de la unión cada vez más rápido, más salvaje, hasta que gritó su nombre al sentir el orgasmo y Alasdair se dejó caer sobre su cuerpo, estremecido.

—Ahora es cuando debo preguntar: ¿Te ha gustado? —bromeó, sin aliento.

—Ha sido... diferente. Tan diferente que resulta difícil creer que sea lo mismo que he hecho otras veces.

— ¿Otras veces, en plural? —preguntó Alasdair, alargando la mano para encender la lámpara.

—Ha pasado mucho tiempo desde el anónimo Romeo.

Él se apoyó en un codo para mirarla.

—Entonces ya habías llevado a cabo el experimento.

—No fue un experimento. Conocí a Julian cuando estaba haciendo el curso de profesora.

— ¿Y?

—Estuvimos casi un año saliendo juntos de modo que, por supuesto teníamos relaciones sexuales.

— ¿Y te gustaba?

—A Julian le gustaba mucho.

— ¿Y a ti?

—La verdad es que no. Yo fingía que me gustaba, pero no era verdad. Y, al final, dejamos de vernos.

— ¿Por qué?

—Julian quería casarse. Una pena, porque era un amigo estupendo. Pero después de eso, decidí que el sexo no era tan interesante.

— ¿Y qué piensas ahora?

—Estoy asombrada. Esta vez no he tenido que fingir —sonrió Kate.

Alasdair sonrió también, orgulloso.

—Lo sé. Y ahora voy a probarte que no ha sonado la flauta por casualidad.

Y, para sorpresa de Kate, volvió a hacerle el amor. Tan despacio, con tanto cuidado que, al final se quedó dormida en sus brazos.

Se despertó al sentir una caricia en el pelo.

—Cariño.., se está haciendo tarde y llueve a cántaros. Llama a tu casa y di que no vas a dormir.

Kate se incorporó de un salto, mirando el reloj.

— ¡Las doce! Tengo que irme —dijo, saltando de la cama.

—No puedes conducir con esta lluvia. Además, tenemos que hablar.

—Tengo que irme —insistió ella—. ¿De qué quieres hablar?

—De qué vamos a hacer ahora —contestó Alasdair.

—Ya te he dicho que debo volver a Foychurch mañana.

—Lo sé... Estoy hablando de nosotros, Kate. ¿Qué vamos a hacer?

—Pensé que ibas a visitarme la semana que viene.

Él apretó los dientes.

— ¿Has oído algo de lo que he dicho en la cama? Te refrescaré la memoria: he dicho que te quiero.

Kate apartó la mirada.

—Pensé que solo lo habías dicho... bueno, porque esas cosas se dicen en la cama.

—Me parece que tienes mucho que aprender sobre el asunto. Nunca le había dicho eso a nadie.

— ¿Ni siquiera a tu amiga de Nueva York?

—No se lo había dicho a ninguna otra mujer. Así que presta atención, Kate. Te quiero. Creo que, de alguna forma, ya te quería en Cambridge. Pero ahora es diferente. Y no tengo intención de perderte otra vez.

Ella lo miró, incrédula.

—Tengo que irme –dijo en voz baja.

Entró en el cuarto de baño y se vistió a toda velocidad, nerviosa y alterada. Cuando bajó al primer piso vio la luz de la cocina encendida.

— ¿Alasdair?

—Si estás decidida a conducir, tendrás que tomar un café al menos. Y llama a tus padres para decirles que sales ahora.

—Deja de portarte como si fueras mi hermano mayor.

—Veo que he precipitado las cosas —suspiró él.

—Y me has dejado asustada. Lo que has dicho antes... ¿era en serio?

— ¿Tú qué crees? Debes admitir una cosa, Kate: el experimento ha sido un éxito. Querías saber si eras capaz de disfrutar del sexo y, a menos que seas una actriz estupenda, así ha sido. Conmigo.

—Es verdad. Ha sido maravilloso, Alasdair. Pero no esperaba que el amor entrase en la ecuación. Había soñado con eso una vez, pero los sueños terminaron hace tiempo.

— ¿Quieres decir que no me correspondes?

—En cierto modo... Admiro tu inteligencia, me gustas y te respeto. Y físicamente me excitas, la verdad. Pero ya no estoy enamorada de ti.

Capítulo 8

EL SILENCIO era tan absoluto que estaba segura de que podía oírla tragar el café. Pero todo lo que acababa de decir era cierto: sus sentimientos por Alasdair habían cambiado con los años.

—Debo irme.

Él la ayudó a ponerse la cazadora y Kate deseó tener una varita mágica para estar en su casa en aquel momento.

Alasdair le dio la vuelta y abrochó su cazadora, sonriendo de una forma que la alarmó.

—A pesar de nuestras diferencias de opinión, yo no pienso rendirme tan fácilmente como tu antiguo novio.

— ¿Quieres decir que seguiremos siendo amigos?

—No me hace gracia, pero... puedo ser paciente. Sería un mal científico si no lo fuera.

Kate dejó escapar un suspiro.

—Es una pena que hayas elegido este momento. Si me hubieras declarado tu amor hace años, habría estado en el séptimo cielo.

—Pues tendré que inventar una droga milagrosa para revivir esa devoción —sonrió él—. ¿Cuándo puedo ir a verte?

— ¿Sigues queriendo ir a verme?

—Por supuesto.

—Lo que ha pasado esta noche... ha sido un experimento exitoso, desde luego.

—Muchas gracias.

—Pero solo ha sido una vez, Alasdair. Te agradezco mucho que hayas probado...

—Un momento —la interrumpió él—. Lo que he probado es que puedes disfrutar del sexo conmigo. Pero eso es lo importante, Kate. Conmigo y con nadie más.

—Eso no lo sé.

—Yo sí.

Se miraron a los ojos un momento y Kate se dio la vuelta para sacar el móvil del bolso. Después de una breve conversación con su padre, volvió a guardarlo, suspirando.

—Buenas noches. Y gracias por todo.

—Gracias a ti —sonrió Alasdair, besando su pelo—. Conduce con cuidado. Y llámame en cuanto llegues.

—Lo haré.

—Me gustaría que te quedases.

—No puedo. Debo volver mañana a Foychurch y aún tengo que

hacer la maleta.

—Entonces nos veremos el martes por la noche, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Kate abrió la puerta y salió corriendo hacia el coche. Se despidió tocando el claxon y tomó la carretera con los limpiaparabrisas funcionando a toda velocidad.

Cuando estaba saliendo de Gloucester, lamentó no haberse quedado en casa de Alasdair. No había mucho tráfico, pero la visibilidad era muy reducida. Y estaba cansada.

Hacer el amor con él no solo era diferente de cualquier otra experiencia, también era más agotador. Y habría dado cualquier cosa por estar en sus brazos, en aquella cama calentita...

Le pareció que tardaba siglos, teniendo que ir prácticamente todo el tiempo en segunda para evitar un patinazo. Por fin, una hora después, se acercaba a Stavely. Casi había llegado a casa.

Cuando reducía la velocidad para tomar una curva, sonó su móvil. Kate vio que su bolso había caído al suelo y, sujetando el volante firmemente con una mano, alargó la otra para tomarlo.., pero unos faros la cegaron.

Asustada, dejó el bolso y sujetó el volante con las dos manos, pero el coche patinó hacia el otro lado de la carretera. Kate lanzó un grito de angustia al chocar contra un seto... y después, todo se volvió negro.

Alegrándose de que la pesadilla hubiera terminado, Kate se quedó inmóvil. Quería abrir los ojos, pero no podía hacerlo. Le dolía muchísimo la cabeza, pero no podía levantarse, tenía sueño...

Cuando volvió a despertar oyó ruidos a su alrededor. Le pesaban los ojos y el esfuerzo de abrirlos era enorme, pero consiguió hacerlo.

Y entonces deseó no haberlo hecho. Estaba en una habitación que no era la suya... una habitación de hospital. Temblando, volvió a cerrar los ojos. No había sido una pesadilla.

—Kate... Despierta, Kate.

Cuando pudo abrir los ojos de nuevo vio el rostro de una enfermera.

— ¿Cómo te encuentras?

Kate intentó hablar, pero tenía la boca seca.

—Tengo... sed.

La enfermera le dio agua a través de una pajita.

—No te muevas. Voy a buscar a la doctora Blackwell.

Kate arrugó el ceño, pero le dolía hacerlo. Le dolía mucho la cabeza, todo el cuerpo en realidad. Miró alrededor y descubrió que

tenía una vía en el brazo derecho. Había flores por todas partes... ¿cómo habían llegado tan rápido?

La puerta de la habitación se abrió y una mujer vestida de verde se colocó al lado de la cama.

—Soy la doctora Blackwell. ¿Cómo se encuentra?

—Tan bien... como uno podría esperar, supongo.

—Le duele todo y está desorientada, ¿no? Sufrió un accidente de coche y está en el hospital de Pennington. Tiene una conmoción cerebral y perdió mucha sangre, pero ahora está estabilizada.

— ¿Cuánto tiempo... llevo aquí?

—Tres días. Pero no piense en ello, descanse. Eso es lo más importante por ahora.

Cuando se quedó sola, Kate intentó asimilar todo aquello. Llevaba tres días en el hospital. Afortunadamente, la enfermera la había llamado por su nombre... porque no lo recordaba. Pero, por supuesto, se había golpeado la cabeza y la pérdida temporal de memoria era algo frecuente.

Sin embargo, se asustó al ver que un extraño entraba en la habitación.

—Tengo que ser rápido. Incluso a tu prometido solo le permiten estar aquí un minuto.

¿Prometido? Kate lo miró sin entender.

— ¿Cómo estás, cariño?

—He estado mejor.

— ¿Has recibido mis flores?

—No lo sé. Acabo de despertarme. ¿Son esas?

—Bueno, da igual. Dime qué ha pasado.

—Dicen que he tenido un accidente de coche, pero no lo recuerdo.

—Claro, es lógico —dijo él, apretando su mano.

—Y tampoco te recuerdo a ti. No habría recordado mi nombre si la enfermera no lo hubiera dicho —musitó ella entonces.

—No te preocupes, yo puedo responder a todas... —el hombre se volvió hacia la puerta al oír ruido—. Tengo que marcharme. Solo quería saber cómo estabas.

—Pero...

La enfermera entró entonces, con una sonrisa en los labios.

— ¿Quieres más agua?

—Acabo de ver a mi prometido.

—Pobre hombre. No se mueve de aquí —sonrió la joven.

—Pero yo no lo reconozco –dijo Kate, con los ojos llenos de lágrimas.

—No te preocupes. Has perdido la memoria, pero eso es normal.

Descansa y volverá poco a poco.

Cuando se quedó sola, Kate intentó recordar lo que había pasado, pero era incapaz. Agotada, cerró los ojos y volvió a dormirse.

Cuando despertó había dos personas sentadas al borde de la cama: una mujer de ojos verdes y un hombre de pelo blanco, los dos con expresión angustiada. No los conocía, pero intuía que eran sus padres.

—Hola, cariño.

—Hol...

La mujer se abrazó a ella, con los ojos llenos de lágrimas.

—No te preocupes, cielo. Eres Katharine Dysart y nosotros somos tus padres. Y te queremos mucho, nos recuerdes o no.

El hombre se inclinó para besarla, aclarándose la garganta.

— ¿No te acuerdas de nada, Katie?

—De nada —contestó ella.

—Los médicos dicen que es normal. Y que se te pasará enseguida.

—He hablado con el colegio –dijo su madre entonces, sonándose la nariz.

— ¿El colegio?

—Donde trabajas, cielo.

Su madre le explicó que era profesora de enseñanza primaria en un colegio de Foychurch, Herefordshire. Pero que también era licenciada en Física y Química por la Universidad de Cambridge.

— ¿Y si he estudiado física porque doy clases de primaria?

Sus padres se miraron, sin saber qué decir.

—Han puesto a una profesora suplente hasta que te recuperes.

—Gabriel y Adam te mandan un beso. Adam es tu hermano.

Kate recordó entonces a un chico de pelo y ojos oscuros.

—Adam... —murmuró. El nombre le resultaba familiar, como el rostro de sus padres.

Le hablaron entonces de sus hermanas Leonie, Jess y Fenny y lo preocupadas que estaban. Pero eran demasiados nombres.

—Me iría bien un trasplante de memoria —intentó bromear Kate.

—Sé paciente, cariño.

—Volveremos esta tarde. Te he traído ropa y cosas de aseo —suspiró su madre.

Cuando se quedó sola, otra enfermera entró para bañarla.

—Me llamo Michelle. Y la doctora Blackwell pasará a verte otra vez dentro de un rato.

Cuando estaba sola de nuevo, Kate pensó en su prometido. Al ver a sus padres tuvo la sensación de que los conocía, pero su prometido... si amaba a aquel hombre debería haber sentido algo.

Agotada, cerró los ojos y se quedó dormida.

La doctora Blackwell fue a visitarla después y le preguntó si tenía confusión mental, si le dolía el cuello o tenía ganas de vomitar. Le contó que el dolor en el pecho era debido al tirón del cinturón de seguridad y le aseguró que la pérdida de memoria era algo temporal.

—Ha tenido mucha suerte. Está viva.

Era cierto. Y Kate se alegraba por ello. Tanto que cuando la enfermera volvió a entrar para llevarle la cena, descubrió que tenía hambre. Esa debía ser buena señal.

—Hace días que no comes nada sólido.

—La última vez tomé una ensalada y un filete... qué curioso que recuerde eso, ¿no?

—Es un buen principio. Pronto lo recordarás todo, ya verás.

Después de cenar, la simpática enfermera se despidió hasta el día siguiente.

—He terminado mi turno. Ahora le toca a la enfermera Baker.

Kate intentó recordar el colegio en el que daba clases, pero era incapaz...

—Sus padres fueron a visitarla por la tarde y les pidió libros. No recordaba nada, pero sabía que le gustaba leer.

Cuando ya se habían encendido las farolas de la calle, alguien llamó a la puerta de la habitación. Era un chico alto de pelo y ojos oscuros.

—Hola... ah, ya veo que la Bella Durmiente ha despertado. Soy Adam, tu hermano mayor.

—Lo sé —dijo Kate.

De alguna forma, sabía que aquel chico era su hermano.

—Menos mal que estás otra vez con nosotros, enana —murmuró, besándola en la mejilla.

—Estoy deseando recuperar la memoria.

Adam sacó un radio cassette de la bolsa que llevaba en la mano.

—Es un regalo de Gabriel. Como no sabemos si puedes leer, te he traído libros en cinta. Jane Austen y Trollope... Oye, no llores. Si lloras, me echarán de aquí.

—No estoy llorando. Dame un pañuelo, por favor. Y dale las gracias a Gabriel.

—Es mi mujer.

—Esto es rarísimo, ¿verdad? Estaba en mi coche y ahora no recuerdo nada ni a nadie... Es horrible.

—Pero estás aquí, Kate. Ojalá pudiera quedarme un rato, pero tengo que irme antes de que me echen.

—En este hospital son muy estrictos con las horas de visita, ¿no?

—No quieren que te cansemos. Pero si necesitas algo, grita —rió su

hermano.

— ¿Cómo está el niño...? ¡Sé que tienes un niño!

—Es tu ahijado. Y está muy bien —sonrió Adam.

Cuando se marchó Kate lloró un poco, pero aquella vez de alegría. Empezaba a recordar algunas cosas. Quizá al día siguiente lo recordaría todo.

La enfermera Baker entró poco después.

—Tienes otra visita, Kate. Es tu prometido, pero no puede quedarse mucho tiempo. Diez minutos nada más.

Ella se quedó atónita. ¿Su prometido? Pero si había ido a visitarla unas horas antes... ¿Tenía dos prometidos?

Entonces entró un hombre. Y no era el mismo de antes. ¿Estaba alucinando?

—Hola, cariño —dijo, tomando su mano—. Me has dado un susto de muerte.

—Me temo que no... no te recuerdo.

—Lo sé. He visto a Adam en la puerta.

—Ni siquiera sé cómo te llamas.

El hombre se dejó caer sobre una silla.

—Soy Alasdair Drummond, Kate.

Capítulo 9

KATE estudió el inteligente rostro que tenía delante, el cabello oscuro, los ojos grises... Le gustaba aquel hombre, fuera quien fuera. Y el nombre, Alasdair, le resultaba familiar.

—Al menos tu nombre me suena, como el de mi hermano.

—Pero yo no soy tu hermano —sonrió él, inclinándose para besarla en los labios. Kate respondió, como si lo hubiera hecho muchas veces.

Alasdair dejó escapar un suspiro:

—La próxima vez que vayas a mi casa, te quedarás a dormir. No quiero pasar por esto otra vez.

Kate sonrió.

—Yo tampoco.

—Mañana vendré más tarde porque tengo que ir a Healthshield.

— ¿Healthshield?

Alasdair le contó que era el nombre de una multinacional farmacéutica para la que trabajaba.

—Acabo de volver de Estados Unidos y voy a dirigir el trabajo de la empresa en Inglaterra. No lo recuerdas, claro.

—No. No recuerdo nada... y esta mañana ha venido otro hombre diciendo que era mi prometido —dijo Kate entonces.

— ¿Cómo? ¿Quién demonios era?

—No tengo ni idea. Esperaba que tú lo supieras.

— ¿Cómo era?

Ella pensó un momento.

—Rubio, de hombros anchos y mayor que tú, creo.

Alasdair apretó su mano.

—Jack Spencer, seguro. ¿Y ha entrado aquí diciendo que era tu prometido?

—Pues... en realidad lo ha insinuado. No lo ha dicho claramente. ¿Qué ocurre?

—Nada, que me gustaría darle un puñetazo en la nariz. Tú eres mi novia, cariño. No lo olvides.

— ¿Y por qué dice que es mi prometido?

—Seguramente porque era la única forma de entrar en la habitación.

—Ah... ¿es amigo mío?

—Un conocido —contestó Alasdair—. Pero no quiero hablar de él. ¿Qué te ha dicho el médico?

Kate le contó lo que había dicho la doctora Blackwell y cuando terminó estaba cansada.

—Tienes que descansar un poco o no me dejarán venir a verte.

—Lo intento.

También intentó sonreír, pero el esfuerzo era agotador.

—No sé si podré venir mañana, pero si no es así vendré pasado. Te lo prometo, cielo. ¿Quieres que te traiga algo?

—Flores no.

Alasdair sonrió.

—Las mías deben estar en alguna parte. ¿Te traigo bombones?

—No hace falta que traigas nada. Solo quiero verte.

Los ojos del hombre se iluminaron.

— ¿Lo dices en serio?

—Sí.

Alasdair se inclinó para besarla con ternura.

—No quiero marcharme, pero debo hacerlo. Y tú ponte bien inmediatamente.

—Haré lo que pueda —prometió Kate.

Sus padres fueron a verla al día siguiente, con tarjetas de felicitación de toda la familia.

—Esta habitación es muy grande. ¿Cuesta mucho?

— ¿Qué importa eso, cariño? Necesitas estar tranquila —sonrió su padre.

—Pero, ¿cuándo podré irme a casa?

Recordó entonces una casa pequeña cerca del río Wye, con paredes de color maíz...

— ¡Recuerdo mi casa!

Sonriendo, su padre le dio una palmadita en la mano.

—Ya verás como pronto recuperas la memoria, cielo.

—Mamá, no llores...

—No pasa nada. Es que estoy cansada. La cama en la que dormimos es más pequeña que la nuestra y...

— ¿Estáis en un hotel?

—No, en casa de Laura y Harry Brett, los padres de Gabriel.

—Ah, ya. Una cosa, mamá. Alasdair ha venido a verme...

—Lo sabemos. Llamó el sábado por la noche porque estaba preocupado por ti —dijo su madre, temblando—. Nos dijo a qué hora habías salido de su casa y... entonces llegó Chris Morgan con la policía.

Su padre sacó un pañuelo, intentando disimular.

—El peor momento de nuestra vida.

—Lo siento —se disculpó Kate.

—Alasdair te había pedido que te quedaras a dormir en su casa...

— ¿Estaba con él?

—Eso parece. Y nos alegramos mucho, por cierto.

— ¿De qué?

—Nos ha dicho que os habíais prometido esa misma noche.

—Y ha pedido tu mano —sonrió su padre—. Nosotros se la hemos concedido, por supuesto.

Kate se miró la mano.

—Si tenía un anillo de compromiso, debo haberlo perdido.

—Alasdair no había tenido tiempo de comprarlo, cielo. Por cierto, el director del colegio, Bili Vincent, ha llamado esta mañana para preguntar por ti. Dice que tus niños te echan de menos.

—Qué bien. ¿Quién es Cris Morgan?

—Es un vecino nuestro. Chocaste contra el seto de su casa y fue él quien llamó a la ambulancia.

— ¿Qué ha sido de mi coche?

—Siniestro total, pero no te preocupes por eso —dijo su padre—. Compraremos otro en cuanto te pongas mejor.

—He causado muchos problemas...

—Fue un accidente, cielo. Y nos dimos un susto tan grande... ¿Por qué no te quedaste a dormir en casa de Alasdair?

—No tengo ni idea. Se lo preguntaré la próxima vez que venga a yerme.

—Buenos días —la saludó Michelle, la simpática enfermera del día anterior—. Buenas noticias, voy a quitarte el suero. ¿Te apetece ir al cuarto de baño?

—Sí, por Dios.

Michelle la ayudó a levantarse de la cama, tarea nada fácil. Y cuando se miró al espejo del baño, Kate lanzó un grito de pánico.

— ¿Qué ocurre?

—Acabo de ver la venda que tengo en la cabeza... y la cara horrorosa que hay debajo.

—Has tenido un accidente, mujer. Tienes unos cuantos moretones...

— ¡Unos cuantos moretones! Si parece que acabo de salir de una película de miedo...

—Vamos, vamos, tienes unos ojos preciosos... un poco negros ahora mismo, es verdad. Y dale gracias a Dios por no haberte roto ningún diente. Podrías parecer el gigante ese de los dientes de plata, el de la película de James Bond.

Kate sonrió, a su pesar.

—En lugar de eso, parezco el monstruo de Frankenstein. O mejor,

la momia.

—Ah tenemos sentido del humor, ¿eh?

—Después de verme la cara, lo necesito.

— ¿Y la memoria?

—Recuerdo algunas cosas... quizá lo recordaré todo cuando deje de dolerme la cabeza.

—Te daré una pastilla después de desayunar. ¿Qué quieres, tostadas, huevos...?

—Solo tostadas, por favor.

Después de desayunar, Kate se sentía un poco mejor. Recuperaría la memoria, estaba segura. Y recuperaría también su antiguo aspecto, pensó, sintiendo un escalofrío.

Michelle la bañó con una esponja y, aunque el proceso era agotador, mejoró un poco la situación.

—Al menos ya no huelo mal...

—Antes tampoco olías, tonta. Yo cuido muy bien de mis pacientes —rió la enfermera.

—Y te lo agradezco mucho.

—Bueno, ahora descansa un poco. ¿De acuerdo? Estaba escuchando la cinta de Emma, una obra de Jane Austen, cuando entró su madre.

—Mamá, no quiero que te pases el día en el hospital...

— ¿Y qué voy a hacer? No quiero estar en ningún otro sitio.

—Bueno, como quieras.

—Tu padre está en una subasta, pero vendrá a verte esta tarde, cariño. Y mañana vendrá Gabriel, la mujer de tu hermano.

—Dile que me traiga al niño —sonrió Kate.

—Adam nos contó que te acordabas de Hal —dijo su madre, emocionada.

—Sí, es verdad. ¿Gabriel sabe que no me acuerdo de ella?

—Sí, claro. Leonie y Fenny vendrán a verte cuando estés un poco mejor. La doctora Blackwell nos ha dicho que no debemos cansarte. Y Jess vendrá también...

— ¿No estaba embarazada?

— ¿También te acuerdas de eso?

—Sí, qué curioso... Mamá, me he visto en el espejo esta mañana y estoy horrible.

—Tú nunca estarás horrible. Son solo moretones. No te has roto ningún hueso, gracias a Dios.

— ¿He tenido mucha suerte, ¿verdad? —sonrió Kate.

Cuando su madre se marchó, Kate intentó concentrarse en la cinta, pero era incapaz. En lugar de eso, pensó en Alasdair, en qué estaría haciendo durante su primer día de trabajo.

Le habría gustado verlo.., pero era mejor que no fuera a visitarla porque estaba horrorosa. Entonces pensó en su otro «prometido». Seguramente lo habría dicho solo para que lo dejasen entrar. Quizá era un amigo.

Se enteró cuando Adam fue a verla por la tarde.

— ¿Recuerdas que papá y yo llevamos una sala de subastas?

—No, pero me lo ha dicho mamá —suspiró Kate.

—Hoy ha ido ese amigo tuyo... el que quería muebles del siglo XIX para una casa que estaba restaurando. Ha dicho que quería venir a verte...

— ¿Estás hablando de Jack Spencer?

— ¿Te acuerdas de él? —preguntó su hermano.

—No, no me acuerdo. Pero vino a yerme el otro día, diciendo que era mi prometido. Imagina mi sorpresa cuando después vino el auténtico... Alasdair. Él me dijo que ese hombre se llama Jack Spencer.

—Es el tío de una de tus alumnas en Foychurch. Por cierto, hablemos de tu compromiso con Alasdair. Muy rápido, ¿no? Volvió de Estados Unidos hace apenas dos semanas.

Kate lo miró, horrorizada.

—Pero debo conocerlo hace más tiempo, ¿no?

—Sí, claro, os conocisteis en Cambridge. Pero eso fue hace años. No habías vuelto a verlo hasta ahora.

—Qué raro. Porque en cuanto lo vi supe que lo conocía... como me pasó con papá y mamá.

Adam asintió.

—Es normal porque fuisteis muy amigos.

— ¿El señor Spencer te dijo cuándo iba a venir?

—No lo sé. Pero mencionó a su sobrina Abby. ¿Te suena ese nombre?

—No, me temo que no —suspiró Kate—. Pero si vuelves a verlo dile que puede venir cuando quiera. Y dile a Gabriel que estoy deseando verla. Y al niño.

Su hermano se despidió poco después y ella se quedó mirando por la ventana.

Cuando Alasdair llegó con una cesta de fruta y un montón de revistas bajo el brazo, ya casi no le dolía la cabeza.

—Estás mucho mejor que ayer.

—Sí, pero estoy horrible —suspiró Kate.

— ¿Horrible? Pues a mí me gustaría meterme en esa cama contigo —sonrió él.

—Pero si me he visto en el espejo… le daría un susto al miedo.

—No digas eso —dijo Alasdair, apretando su mano—. Kate, no quiero que vuelvas a darme un susto como el que me diste esa noche.

— ¿Fue entonces cuando nos prometimos?

— ¿No lo recuerdas? —preguntó él, apartando la mirada.

—No, cuéntamelo otra vez.

—Fuiste a mi casa a tomar el té y a elegir un color para las paredes. Después de cenar hicimos el amor… e intenté convencerte para que te quedases a dormir, pero tú insistías en irte a casa porque debías volver a Foychurch por la mañana.

—Mala idea, ¿eh?

—Muy mala idea. La próxima vez, te ataré a la pata de la cama — sonrió Alasdair.

Kate conocía aquella sonrisa. Sin embargo, tenía la impresión de que le ocultaba algo.

—Por cierto, Adam me ha dicho que el misterioso «prometido» ha pasado por la sala de subastas esta mañana. Y que quiere venir a verme.

—De eso nada. Si apenas lo conoces…

—Tiene algo que ver con su sobrina, Abby.

— ¿Otra vez?

— ¿Cómo?

—Así lo conociste, a través de su sobrina. Pero eso no le da derecho a entrar aquí fingiendo ser tu prometido.

—Cálmate. Solo quiero saber cómo ha ido tu día de trabajo.

—Creí que no ibas a preguntar.

Después de contarle todo lo que había hecho en Healthshield, Alasdair acarició su frente.

—Estoy cansándote.

—No, me gusta oírte hablar…

—Estás agotada, cielo. Me voy, pero volveré mañana.

—Gracias por la cesta de frutas.

—Espero que estés comiendo bien.

—Sí, señor. A sus órdenes, señor —sonrió Kate.

Alasdair se inclinó para darle un beso en los labios.

—Ponte bien enseguida.

—Hago lo que puedo.

—No lo dudo. Buenas noches, cariño.

Al día siguiente, recibió la visita de su madre, acompañada de una joven rubia que debía ser Gabriel, ya que llevaba un niño en brazos.

— ¡Kate! —exclamó su cuñada al verla—. ¿Cómo estás, cariño?

—Mucho mejor. Deberías haberme visto hace un par de días... ¿si tomo al niño en brazos se asustará?

—Vamos a ver —sonrió Gabriel.

Hal no pareció asustarse en absoluto. Todo lo contrario, miraba la venda con tanto interés que las tres se echaron a reír.

—Está encantado. Debe pensar que es tu gorrito de lana.

—Me la quitan mañana —suspiró Kate.

Estaba mirando al niño y no se dio cuenta de que su madre y Gabriel intercambiaban una mirada de preocupación.

— ¿Eso significa que vuelves a casa? —preguntó su cuñada.

—Eso espero. Me apetece tomar comida casera. Afortunadamente, estoy recuperando el apetito.

—Maravilloso —exclamó su madre.

En ese momento llamaron a la puerta y Michelle asomó la cabeza.

—Tienes una visita, Kate. Es un amigo, Jack Spencer. Y viene con una niña. ¿Pueden pasar?

—Sí, claro.

—Tienes que descansar, cielo —suspiró su madre—. No te quedes charlando mucho rato.

Cuando se fueron, Michelle intentó arreglar un poco la cama.

— ¿Preparada para tu siguiente visita?

—Preparada.

—Pero tendrán que irse pronto o la jefa de enfermeras me cortará la cabeza.

—Que corte la mía. Para lo que me sirve...

—Anda, no seas tonta. Estás mucho mejor —rió Michelle, saliendo de la habitación. Un minuto después volvía con Jack Spencer y una niña rubita—. Cinco minutos —le advirtió, antes de cerrar la puerta.

—Hola, Kate. Abby estaba deseando verte. Y antes de que digas nada, tuve que hacerme pasar por tu prometido el otro día para que me dejasen entrar.

—Pues no sabes el lío que me había hecho —suspiró ella, mirando a la niña—. Hola, Abby. No te asustes, solo tengo unos cuantos moretones. Es que he tenido un accidente.

La niña tragó saliva antes de darle una enorme tarjeta de felicitación.

—Es de toda la clase, señorita Dysart.

—Muchas gracias —murmuró Kate, conteniendo las lágrimas al ver un montón de firmas y besitos dibujados en el papel.

—Abby creía que habías muerto, así que he tenido que traerla para que comprobase por sí misma lo viva que estás. Ahora puede decirle a sus compañeros que volverás pronto a clase.

— ¿De verdad, señorita Dysart? —preguntó la niña.

—Por supuesto. Bueno, antes tengo que ponerme bien del todo. Pero en cuanto me haya recuperado, volveré al colegio.

—Le hemos traído un regalo de mis padres —dijo Abby, ofreciéndole una cajita.

—Es un regalo para que te pongas bien y para agradecerte lo amable que fuiste cuando mi hermana estaba teniendo el niño.

— ¿Qué niño? No me acuerdo…

—Me llevó a su casa cuando mi mamá estaba en el hospital. ¿No se acuerda? —preguntó la cría.

—La verdad es que no —suspiró Kate, poniéndose una mano en la frente. Al abrir la cajita, encontró un broche con piedras de colores—. Qué… qué bonito —murmuró casi sin voz.

—Será mejor que nos vayamos, Abby. La señorita Dysart no se encuentra bien. Adiós, Kate. Ponte buena enseguida.

Capítulo 10

LA SALIDA del hospital fue retrasada por una infección respiratoria.

—Tenemos que ponerle antibióticos. Y, por favor, no tantas visitas —le advirtió la doctora Blackwell.

A partir de entonces, Kate durmió más de lo normal. Pero era un sueño desagradable, lleno de pesadillas. También tuvo un sueño erótico del que despertó nerviosa, mirando alrededor. Pero estaba en una cama de hospital, no en la cama de Alasdair.

Alasdair. El sueño había sido tan vívido que podía sentir el cuerpo desnudo del hombre apretado contra el suyo, la cara enterrada en su pelo... Kate sonrió. Empezaba a recuperar la memoria, estaba segura.

Volvió a dormirse y cuando despertó, su madre estaba a su lado.

—Hola, cariño. ¿Cómo te encuentras?

—Regular. Pero mejor que anoche.

—Eso espero... Estuviste delirando un poco, pero la enfermera me ha dicho que ya casi no tienes fiebre.

— ¿Y Alasdair?

—Vino anoche, pero solo pudo verte un momento. Está muy preocupado, el pobre. ¿Te apetece verlo esta tarde?

—Sí, claro. Me siento mucho mejor. ¿Cómo está papá?

—Hablando con la doctora Blackwell. Ya sabes cómo es...

—Sí, está pendiente de cada detalle y siempre quiere hablar con el jefe... ¿lo ves? Empiezo a acordarme de cosas.

Tom Dysart entró en la habitación y sonrió al ver a su hija.

—Hoy estás mucho mejor.

Cuando sus padres se fueron, Kate decidió ir al cuarto de baño sola. Incluso se miró al espejo, encantada al comprobar que los moretones empezaban a desaparecer. La venda en la cabeza era desesperante, pero en general tenía mucho mejor aspecto.

Cuando volvía a la cama, con las piernas tan temblorosas como un potrillo recién nacido, Michelle la regañó por levantarse sin pedir ayuda.

—No te hagas la fuerte... Pero ya que estás fuera de la cama, puedes sentarte un ratito en el sillón mientras cambio las sábanas.

—Quiero lavarme.

—No te preocupes, te pondré guapa para tu novio.

—Sí, por favor, quiero presentarme a un concurso de belleza hoy mismo.

Limpia, con sábanas nuevas, un camisón blanco y el aroma de su

perfume en lugar del antibiótico, Kate pudo disfrutar de la comida. Por lo visto, su hermano había llamado para decir que estaba fuera de Pennington buscando tesoros e iría a verla al día siguiente.

—Tu hermano es encantador.

—Sí, lo sé. Pero está casado.

—Qué dura es la vida —rió Michelle—. ¿Quieres algo?

—No, gracias.

Le había prohibido a sus padres volver al hospital por la tarde, de modo que solo le quedaba esperar la visita de Alasdair.

Esperó poco. Solo habían pasado quince minutos cuando la enfermera asomó la cabeza.

—Si esperas a un hombre alto y guapo, aquí está —dijo en voz baja —. Entre, señor Drummond. Pero no puede quedarse mucho tiempo.

Alasdair entró con expresión preocupada.

—Cariño —murmuró, apretando su mano.

—Puedes darme un beso, tonto. No voy a romperme.

Ella besó suavemente, sonriendo.

—Vine anoche, pero tenías mucha fiebre. Me diste un susto, la verdad.

—Lo siento –dijo Kate, apretando su mano.

— ¿Te acuerdas de mí?

—Creo que sí. Estoy empezando a recordar muchas cosas.

— ¿Recuerdas que pasamos la noche juntos antes de que insistieras en volver a casa bajo un aguacero?

Ella asintió.

—Pensé que era un sueño, pero...

— ¿Pero qué?

—Era tan real que no podía ser un sueño.

Alasdair besó su mano.

—En cuanto te pongas bien, te mostraré que era una realidad maravillosa.

—Me está subiendo la fiebre otra vez —bromeó Kate.

Para su sorpresa, Alasdair se puso serio.

—Fue Jack Spencer el culpable de que te subiera la fiebre.

— ¿Jack Spencer es responsable de una infección respiratoria? Solo fue una coincidencia, hombre.

—Yo lo único que sé es que ese Spencer es un problema. Supongo que fue él quien trajo las flores.

—No, me trajo un regalo de los padres de Abby. Aunque no sé que he hecho para merecerlo.

—Estuviste cuidando de su sobrina durante unas horas.

—Eso me han dicho. Pero no creo que sea para tanto... Saca una

cajita que hay en la mesilla, por favor.

— ¿Este es el regalo?

—Sí, es un broche. Pero me parece demasiado, la verdad —murmuró Kate, abriendo la caja—. Es precioso.

—Es el broche de Cartier del que me habló Adam —dijo Alasdair, con los dientes apretados—. Iban a pagar tres mil libras por él en una subasta.

Ella lo miró, atónita.

—No lo dirás en serio...

—Me temo que sí. Tienes que devolverlo.

—No me digas lo que tengo que hacer —replicó Kate—. Ya no tengo dieciocho años.

—Ah, entonces también recuerdas que nos conocimos entonces.

—No exactamente. Pero sé que nos conocimos hace mucho tiempo.

—El suficiente como para que me moleste que otro hombre te haga regalos.

— ¿Tú sabes a qué se dedica Jack?

—Me dijiste que a la construcción... pero tiene gustos muy caros. Si me das el broche, yo mismo lo devolveré.

— ¿Siempre eres tan dictatorial? —preguntó ella.

—Solo cuando se trata de mi mujer.

— ¿Tu mujer? Suena un poquito fuerte, ¿no? Solo estamos prometidos.

Alasdair sonrió.

—Eres mi chica, Kate. No lo olvides. Y ahora, háblame de ese sueño.

—Estábamos haciendo el amor y tú me acariciabas el pelo...

—Tienes un pelo precioso, cariño —la interrumpió él—. Sabes que me vuelve loco.

—Me gusta que digas eso.

— ¿Sí?

—Me he visto en el espejo y estoy horrible. Me sorprende que quieras seguir siendo mi novio.

—Te quiero, Katharine Dysart. Con moretones o sin ellos, te quiero. Recuérdalo.

—Lo haré —sonrió ella.

—Si me miras así, voy a meterme en la cama contigo.

—Promesas, promesas....

— ¿Cuándo vas a salir del hospital?

—Mañana me quitan la venda de la cabeza y, si soy buena, me iré a casa pasado mañana —contestó Kate—. Así que seré muy buena.

A la mañana siguiente, Kate se despertó con la sensación de que iba a pasar algo. Después de quitarle la venda, quizá podría lavarse el pelo... eso sería maravilloso.

—Buenos días, Kate —la saludó la enfermera.

—Buenos días, Deb.

— ¿Cómo estás?

—Mucho mejor.

—Se nota. Y seguramente mañana te irás a casa.

— ¡Por eso estoy tan contenta!

Kate tomó el desayuno y esperó hasta que llegó la enfermera que iba a quitarle el vendaje.

—Buenos días. Hora de decirle adiós a los puntos.

Se quedó muy quieta mientras le quitaban la venda. Y entonces notó que había algo raro. Muy raro.

—El golpe en la frente causó la hinchazón de la cara. De milagro, tu nariz no ha sufrido daño alguno. Tenías un corte en el cuello, producido por algún cristal, y me temo que tu pelo estaba tan lleno de sangre que hubo que cortarlo para curar las heridas.

Kate se quedó en silencio mientras le quitaban los puntos. Se sentía como muerta. Su melena era lo más, bonito que tenía y nunca se había cortado más que las puntas desde que era una cría.

—Me gustaría ir al cuarto de baño, por favor.

—No te preocupes. Pronto volverás a estar como siempre.

Nerviosa, tuvo que apoyarse en el lavabo. Y cuando vio su imagen en el espejo, todo empezó a dar vueltas. Alasdair encontraba su pelo irresistible...

Entonces recordó el sueño, o más bien, recordó lo que había pasado aquella noche. Temblando, recordó todo lo que había ocurrido: la cena, la conversación, cuando subieron al dormitorio, cuando hicieron el amor...

Tenía la cara menos hinchada y apenas le quedaban moretones, pero con aquel pelo cortado a machetazos estaba horrorosa. ¿Cómo podía enfrentarse así con su prometido?

— ¿Te encuentras bien, Kate?

—No.

— ¿Qué pasa?

—Mi pelo, O mi falta de pelo, más bien.

— ¿Lo tenías muy largo antes del accidente? —preguntó la enfermera.

—Muy largo —contestó ella—. Y me gustaba mucho —añadió, con los ojos llenos de lágrimas.

—El pelo crece, boba. Y consiguieron darte los puntos sin raparte la cabeza al cero. Cuando estés mejor, podrás ir a una buena peluquería. Seguro que te dejan una melena preciosa.

Kate pasó el día sentada en el sillón. Al principio había estado a punto de meterse en la cama y esconder la cabeza bajo las sábanas, pero decidió mirar los tejados de Pennington mientras pensaba en el futuro.

Después de comer, decidió que había llegado la hora de vestirse.

—Ya está bien de camisones —le dijo a Michelle.

—Yo te ayudo.

—Gracias.

Cuando terminó de ponerse los vaqueros y un jersey azul claro, Kate estaba agotada.

—Siéntate en el sillón y toma un poco de agua. Necesitas líquidos —dijo la enfermera.

Kate intentó relajarse, pero cuando llegaron sus padres tuvo que hacer un esfuerzo para no llorar.

—Estás muy simpática con el pelo corto —le aseguró su madre.

—Sí, ya.

—Te crecerá, Katharine. Dale gracias a Dios por estar viva.

Katharine. Eso solo significaba una cosa: su madre estaba irritada con ella.

—Lo sé, lo sé. Ya me acostumbraré.

—Estamos deseando tenerte en casa, hija.

—Sí, pero quiero dormir en la habitación de abajo... para poder salir a pasear con Pan y respirar aire fresco.

— ¿Te acuerdas de Pan?

—Ah, sí. Estoy tan angustiada con lo del pelo que se me había olvidado decíroslo. Me acuerdo de casi todo —suspiró Kate, sacando una cajita de la mesilla—. ¿Cuánto vale este broche, papá?

— ¿De dónde lo has sacado?

—Lo trajo Jack Spencer el otro día. Un regalo de su hermana, me dijo.

Frances Dysart miró el broche, incrédula.

—Pero si es…

—Un Cartier, sí.

— ¿No piensas quedártelo?

—Creo que no. ¿Cuánto vale, papá?

—Dos mil ochocientas libras.

— ¡Qué barbaridad! No puedo aceptarlo, es demasiado caro.

— ¿Por qué crees que lo ha hecho?

—No lo sé. Alasdair está convencido de que va detrás de mí, pero no creo que nadie en su sano juicio vaya detrás de mí con la pinta que tengo.

—No digas eso, hija. Descansa un poco hasta mañana. Vendremos a buscarte temprano, ¿de acuerdo?

Sus padres se marcharon y Kate decidió arreglarse un poco. Estaba poniéndose perfume cuando entró Adam.

—Hola, enana. ¡Qué melena! Muy sexy.

—Muy gracioso —replicó ella.

— ¿Cuándo vuelves a casa?

—Mañana, creo. De verdad, Adam, ¿estoy horrenda?

— ¿Por el pelo corto? A mí me parece que estás muy simpática. Pareces una cría.

—No sé...

— ¿Estás preocupada por Alasdair?

—La verdad es que sí.

—Pues no creo que debas estarlo.

Adam se marchó poco después y Kate esperó a su prometido con un ataque de nervios que las enfermeras no habrían aprobado en absoluto.

El gesto de inquietud de Alasdair al no verla en la cama la animó un poco.

—Estoy aquí.

— ¡Kate! Otra vez me has dado un susto —exclamó él.

—Hola.

Intentaba disimular, pero la expresión de Alasdair al ver su pelo lo delataba.

—Te han quitado el turbante...

—Y casi todo el pelo. Es la última moda, estilo Peter Pan —intentó sonreír ella, aunque tenía el corazón acelerado.

— ¿Por qué te lo cortaron?

—Porque tenía sangre seca y no podían darme puntos. En cuanto pueda iré a la peluquería, pero mientras tanto...

—Mientras tanto, le darás gracias a Dios por estar viva —la interrumpió Alasdair.

—Tienes razón. Y, por cierto, he recuperado la memoria —sonrió Kate.

—Entonces, ¿recuerdas lo que pasó esa noche?

—Sí, lo recuerdo. Y también recuerdo algo que no pasó —dijo ella entonces, mirándolo a los ojos—Mejor, ¿no? Porque no creo que sigas queriendo ser mi prometido.

— ESO NO es verdad —replicó Alasdair.

—Estás mintiendo. Es una mentira muy galante, pero una mentira. Como casi todo, ¿no? ¿Por qué le has dicho a todo el mundo que estamos prometidos?

Él apartó la mirada.

—Era la única forma de que me dejasen entrar a verte —confesó por fin—. Tus padres se enteraron y estaban tan contentos que... no supe cómo decirles que solo había sido una treta para poder visitarte en el hospital.

—No te preocupes. Yo se lo diré.

—No tienes que hacerlo —dijo Alasdair, sacando una cauta del bolsillo—. Te he comprado un anillo de compromiso.

Kate miró, atónita, el solitario de diamante.

— ¿Qué es esto?

—Póntelo.

—No. Soy yo quien ha perdido la memoria, pero eres tú el que parece olvidar algo. Se supone que antes de comprar un anillo de compromiso debo decir que sí, Alasdair. Y yo no he dicho que sí. Además, sé que solo lo haces porque Jack Spencer me ha regalado un broche.

Él apretó los labios.

—Puedes pensar lo que quieras, pero he comprado el anillo porque pensé que estábamos muy bien juntos. Intelectualmente tenemos mucho común y en la cama... fue maravilloso. La gente se casa por menos razones.

—Espera un momento... ¿casamos?

—Es lo que suele pasar cuando te comprometes con alguien. Pero en estas circunstancias, creo que he dado demasiado por sentado. Otra vez.

Kate lo miró, pensativa.

— ¿Sabes una cosa, Alasdair? Si yo hubiera seguido siendo la niña que estaba loca por ti, esto no habría pasado. Pero como he crecido y no te hacía mucho caso, tu vanidad masculina se resiente.

—Pero sí me hiciste caso la otra noche —replicó él.

—Sin duda. No sabía que el sexo podía ser tan excitante.

—Pensé que habíamos hecho el amor.

—Da igual como quieras llamarlo. Fue maravilloso —suspiró Kate —. Incluso cuando no recordaba nada, sabía que tú y yo estábamos conectados de alguna forma. No podía ponerte nombre, pero me

gustaba ser tu prometida.

—Entonces, ¿por qué demonios no aceptas el anillo?

—Ya te lo dije. Porque no estoy enamorada de ti.

Alasdair se apoyó en los brazos del sillón, mirándola a los ojos.

—Podría hacer que me amases...

—No se puede hacer que una persona ame a otra. Yo misma lo intenté, ¿recuerdas? Y no funcionó.

— ¿Estás diciendo que no sientes nada por mí?

—Claro que no. Me gustas mucho y físicamente eres el único hombre que ha podido excitarme...

—Pero no puedes soportar la idea de estar comprometida conmigo.

—No, Alasdair. No puedo. Y tampoco te destrozaré la vida por decirte que no. Apártate un poco, por favor. Me ahogas.

Él se irguió, con los labios apretados.

— ¿Y ahora qué?

—Le diremos a la gente que no estamos prometidos.

— ¿Y qué razón podríamos darles? Sé lo que dirá todo el mundo.

— ¿Qué?

—Piensa, Kate. Usa ese brillante cerebro tuyo por una vez.

Ella lo miró, furiosa.

—Ah, ya entiendo. Pensarán que, después de verme con esta pinta, has salido corriendo. Muy bien, tendré que dejarte yo.

— ¿Y quién va a creer eso?

—Uy, por favor. Eres un poquito vanidoso, ¿no? —sonrió Kate, irónica—. Hay una razón creíble, pero puede que no te guste.

—Esto no me gusta nada. Pero sigue.

—No recuerdo el accidente. Solo que antes sonó mi móvil... ¿eras tú?

—Sí, supongo que era yo. Estaba preocupado porque no dejaba de llover y te llamé para ver si estabas cerca de Stavely.

—Lo imaginaba. El bolso había caído al suelo y, cuando intenté contestar, perdí el control del coche. Es lo último que recuerdo.

Alasdair la miró, inmóvil.

—Entonces, fue culpa mía.

—No, claro que no. Fue una casualidad.

—Pero si no te hubiera llamado, no habrías tenido un accidente.

—Si prefieres que utilice tal excusa para terminar con este compromiso ficticio... Puedo decir que te hago responsable de lo que ha pasado y no quiero volver a verte. Aunque, hasta que comprobé tu reacción al ver mi pelo, iba a sugerir que siguiéramos viéndonos. Ya que nos va tan bien en la cama...

Alasdair la miró, incrédulo.

— ¿Te refieres a un revolcón de vez en cuando? Muchísimas gracias. Yo nunca le había pedido a nadie que se casara conmigo...

—Y no lo has hecho —señaló Kate.

—Un error que corregiré ahora mismo. ¿Quieres casarte conmigo, Kathanne Dysart?

—Gracias por preguntar, pero no. Si alguna vez me caso, será con alguien que no se ponga pálido al verme.

— ¿Cómo puedes decir eso? Me he asustado al verte.., pero por ti, no por mí. Y nunca volverá a ocurrir.

—No, claro que no. Mañana me voy a casa, así que ya no tienes que venir a visitarme.

Él apretó los puños.

—No «tenía» que venir al hospital. ¿Es que no entiendes que estaba loco de preocupación?

—Sí, lo sé. Porque temías ser el culpable. Pero ya no tienes que preocuparte. Pronto estaré de vuelta en Foychurch, con mis alumnos.

—Y eso te apetece mucho más que casarte conmigo —suspiró Alasdair.

—Casarnos sería un error. Te sentirías culpable por el accidente y... a mí me falta lo que más te atraía —se encogió Kate de hombros —. Le diré a todo el mundo que he cambiado de opinión. Mi familia se sentirá desilusionada, pero no sorprendida. Te lo aseguro.

— ¿Porque ya ha ocurrido antes?

—Eso es.

—No me lo puedo creer. He venido con el anillo, pensando que te haría ilusión... —murmuró Alasdair, pasándose una mano por el pelo —. Debería haberlo recordado.

— ¿Recordar qué?

—Que ya no eres la niña que conocí en Cambridge.

—Eso es cierto. Ella se habría quedado boquiabierta, la pobre.

—Y has crecido mucho desde entonces...

En ese momento, Michelle asomó la cabeza en la habitación.

—Solo quedan cinco minutos, señor Drummond.

Alasdair se volvió hacia Kate, con ojos atormentados.

—Muy bien. De modo que puedo seguir adelante con mi vida.., sin ti. ¿Es eso lo que quieres?

Kate vaciló durante un segundo. Y después recordó su expresión al verla sin pelo.

—Sí —dijo con firmeza—. Buena suerte, Alasdair.

Él se dio la vuelta bruscamente, chocando con la enfermera que acababa de entrar.

—Oh, no. ¿Os habéis peleado? —preguntó Michelle.

Kate fue dada de alta al día siguiente. Después de la conversación con Alasdair, el sueño se le resistió y tuvo que hacer la interpretación de su vida para convencer a la doctora Blackwell de que estaba curada por completo.

En cualquier caso, le dieron al alta con la condición de que estuviera en cama al menos durante tres días.

El pobre Pan, emocionado al verla, la tiró al suelo y a sus padres casi les da un ataque. Su madre la sentó en el sofá y le puso una manta encima.

—Tú quédate aquí tranquilita mientras hago un té. ¿De acuerdo? No te muevas para nada. Tu padre ha dejado a Pan en el jardín para que no te moleste.

—Pero si no me molesta...

—Ya, ya, pero ahora mismo estás demasiado débil. Papá te meterá en la cama dentro de un rato.

—De eso nada. Me meteré yo solita.

— ¿Cuándo va a venir Alasdair?

Kate se mordió los labios.

—Me temo que no va a venir, mamá. Hemos roto el compromiso.

— ¡Katharine! ¿Por qué?

—Porque no quiero casarme.

— ¿Aunque lleves años enamorada de él?

Kate sonrió con tristeza.

—Precisamente por eso. Dejé de estar enamorada hace mucho tiempo, mamá.

Tom Dysart, que estaba escuchando la conversación desde la puerta, sacudió la cabeza, pensativo.

—No te entiendo. Alasdair te quiere mucho... se puso enfermo de angustia cuando supo lo del accidente.

—Así es la vida, papá —dijo ella, sin mirarlo.

—Bueno, ahora a descansar. Ya hablaremos de eso en otro momento.

— ¿Leonie y Fenny vienen este fin de semana?

—Sí, claro. Están deseando verte.

A pesar de sus protestas, Kate no lamentó meterse en la cama. Con sus libros, la televisión y la preciosa vista desde la ventana, la casa de sus padres era un sitio estupendo para recuperarse.

Más tarde, Gabriel fue a visitarla con el niño y, diplomática como era, no mencionó el compromiso roto. No así su hermano Adam, claro.

—Has cortado con Alasdair.

—Pues sí.

— ¿Por qué?

—Yo no tengo por qué darte explicaciones.

—No, claro que no. Pero lo siento, Kate. Aprecio mucho a Alasdair.

—Todo el mundo lo aprecia —suspiró ella.

—Menos tú.

—No, a mí me gusta mucho.

—Y él quería algo más, ¿no?

—Sí.

—Es lógico —suspiró Adam—. Pareces cansada, enana. Será mejor dejarte sola un rato.

Resignada a no volver a Foychurch antes de Semana Santa, Kate comió todo lo que su madre la obligaba a comer y, obedientemente, se quedó en cama recibiendo visitas.

Aunque les habían advertido sobre su aspecto, Leonie y Fenny se quedaron de piedra al verla. Y su hermana pequeña no pudo contener las lágrimas.

—Quería ir a verte al hospital, pero es que tenía exámenes —sollozó, apretando su mano.

—No llores, boba. Ya estoy bien.

—Tienes que venir a Londres. Te llevaré a la mejor peluquería para que te dejen como a Sandra Bullock —suspiró Leonie.

—No puedo moverme de aquí hasta que esté un poco mejor.

—Y yo no pienso volver a conducir —dijo Fenny—. Si una persona que conduce tan bien como tú ha tenido un accidente, no hay esperanza para un desastre como yo.

Una de las tareas de Kate en cuanto se encontró un poco mejor fue devolver el broche de Cartier. Tardó mucho tiempo, pero al fin consiguió escribirle una carta a Julia Cartwright en la que expresaba su agradecimiento y decía no merecer un regalo tan caro.

Cuando recibió la respuesta, leyó entre líneas la sorpresa de Julia, que no conocía el valor del broche. Su hermano lo había comprado por ella porque, debido al recién nacido, estaba muy ocupada. Terminaba la carta deseando que se recuperase lo antes posible porque Abby la echaba de menos.

Tenía tanto tiempo para pensar que, al final, Kate decidió que había cometido un error al cortar con Alasdair. Porque lo echaba de

menos. Cada vez más.

El día que, por fin, pudo salir de la habitación, recibió un ramo de tulipanes.

De Alasdair, decía simplemente la nota.

Ni «con cariño», ni «con todo mi amor». Nada. Como si fuera Toby o Phil, o cualquier otro de sus amigos.

El resto de las flores estaban por todas partes, pero los tulipanes de Alasdair fueron a su dormitorio. Y su familia, con mucho tacto, no comentó nada.

Ese fue el primer regalo. Pero hubo más. Pocos días después recibió una colección de libros, seguida de varias cintas de vídeo.

Kate le envió notas de agradecimiento, secretamente feliz de que intentase hacer más agradable su convalecencia.

Pero no fue a visitarla. Y empezó a pensar que los regalos solo eran una forma de no sentirse culpable por el accidente. Y no lo era. Sencillamente, había llamado en el peor momento.

Cuando llegó la siguiente caja, Kate la abrió intentando disimular su nerviosismo.

— ¿Qué te ha mandado Alasdair? —preguntó su madre—. Es una caja enorme.

—Es un DVD —exclamó ella, abriendo la tarjeta:

Esperamos que esto sea más de tu gusto que el broche. Con los mejores deseos de Julia, Tim, Abby, John y Jack.

—Desde luego, es una familia muy agradecida —suspiró su madre.

—No puedo devolver esto también.

—Claro que no. Envía una nota de agradecimiento. ¿Tú crees que lo ha comprado Jack Spencer?

—No lo sé. Les daré las gracias en general —sonrió Kate—. No te preocupes, mamá. Jack es una persona encantadora, pero solo es un amigo. Como Toby, como Phil, como Julian.

—Pero Julian no quería ser solo eso —suspiró su madre, resignada.

—Ni Alasdair —dijo ella.

—Qué cosas.

Alasdair rompió su silencio llamando unos días después, cuando Kate estaba en la habitación.

— ¿Cómo estás?

—Mejorando. ¿Y tú?

—Tengo mucho trabajo.

— ¿Qué tal el nuevo puesto?

—Agotador —contestó él—. ¿Qué estás haciendo?

—Leyendo uno de los libros que me enviaste. Has sido muy amable, Alasdair. Pero ya no soy una inválida. No tienes que mandarme nada más.

— ¿Devolviste el broche?

—Sí. Y creo que la pobre Julia Cartwright no tenía ni idea de que era un antiguo Cartier. Me han mandado otra cosa... un aparato de DVD.

— ¡Un DVD! ¿Spencer otra vez?

—La tarjeta decía que era de toda la familia, incluido Jack. Y no puedo devolverlo. La verdad, ahora no me vale de nada porque no tengo películas en DVD... aunque pienso alquilar una mañana mismo –dijo Kate rápidamente para evitar que Alasdair le hiciera más regalos.

—Aunque es un tema muy emocionante, olvidemos a Jack Spencer y su familia por un momento. Necesito decirte algo.

— ¿Qué? —preguntó ella, conteniendo el aliento.

—Si cambias de opinión, mi oferta sigue en pie. Solo tienes que decírmelo.

Kate dejó escapar un largo suspiro.

—Gracias, Alasdair. Pero nada ha cambiado.

Al otro lado del hilo hubo un silencio.

—Me gustaría ir a verte.

¡De eso nada! Tenía que hacerse algo en el pelo antes de volver a verlo.

—Alasdair, por favor no te ofendas...

—Pero no quieres que vaya —terminó él la frase—. Muy bien. Lamento haberlo sugerido.

—No lo entiendes...

—Lo entiendo muy bien. Adiós, Kate.

Estuvo deprimida durante días después de esa conversación. Alasdair llamó un par de veces más, pero no volvió a sugerir una visita. Hablaban de su recuperación, del trabajo, de las próximas vacaciones de Semana Santa... Kate tuvo que hacer un esfuerzo para mostrar alegría cuando le dijo que se iba a Nueva York.

Aunque no tenía derecho a ponerse celosa. Alasdair Drummond podía pasar sus vacaciones donde le diera la gana. Incluso con aquella tal Amy, su antigua novia.

Pero la idea de que se acostase con otra mujer la enfermaba.

Disgustada consigo misma, se recordó que tras las vacaciones volvería a Foychurch y su vida volvería a ser la de siempre.

Antes de Semana Santa, fue a Londres con Leonie y. dejó que su

hermana pagase un carísimo corte de pelo que hizo maravillas por su moral. El peluquero consiguió sacar unos rizos preciosos que caían sobre su frente para esconder la cicatriz. El resto, le aseguró, crecería enseguida hasta cubrir la del cuello.

La cifra que vio en la factura era exorbitante, pero Leonie le aseguró que merecía la pena con tal de verla sonreír de nuevo.

Y Kate tuvo que aceptar. No era la misma, pero tenía un aspecto más normal.

Cuando volvió a Foychurch un par de días antes de que empezaran las clases, se quedó de piedra al abrir la puerta de su casa. El salón estaba lleno de flores, tantas que algunas de ellas habían sido colocadas en jarrones que no conocía.

Kate fue inmediatamente a casa del señor Reith, su vecino, a quien había llamado antes de volver a Foychurch. Por lo visto, las flores llegaron por la mañana y, como no sabía a qué hora iba a volver, las colocó él mismo.

El señor Reith expresó su alegría por verla recuperada, le dijo que estaba muy mona con su nuevo corte de pelo y le dio la tarjeta que había llegado con las flores.

Era de Jack Spencer. Lo había intuido. Alasdair no habría mandado tantas.

Kate sacó la maleta de su nuevo coche... un modelo de segunda mano parecido al anterior para que no le resultase raro conducir.

La primera vez que se puso tras el volante estaba muy nerviosa. Antes del accidente, conducir era como respirar para ella, pero después del trauma tenía que concentrarse y el viaje le había resultado agotador.

Alguien llamó a la puerta cuando se disponía a cenar y Kate saltó del sofá. Pero en lugar de Alasdair, como había esperado, se encontró con Jack Spencer.

—Hola, Kate. Veo por tu cara que esperabas a otra persona.

—No, en absoluto. Pasa, por favor.

— ¿Cómo estás?

—Casi como nueva. Y muchas gracias por las flores.

—De nada. Tu hermano me dijo que volvías hoy a Foychurch.

—Llegué hace un par de horas y estaba a punto de cenar.

—Perdona, no quería interrumpirte. ¿Querrías cenar conmigo una de estas noches?

Kate lo miró, pensativa. Era un hombre agradable y atractivo, pero las flores, los regalos extravagantes y su extraña visita al hospital

probablemente significaban que deseaba mantener una relación con ella.

Mientras buscaba una forma de rechazar la invitación sin ofenderlo, tuvo que sonreír al ver cómo miraba su pelo.

— ¿No te gusta?

—Estás... diferente. ¿Por qué te lo has cortado?

—Me lo cortaron en el hospital.

—La verdad es que tuviste mucha suerte. ¿Cómo ocurrió el accidente?

Kate se lo contó por encima y después le dio las gracias por el DVD.

—De nada. Evidentemente, cometí un error con el broche.

—Yo pensaba que era de tu hermana.

—Ya sabes que estaba con el niño entonces. Por eso lo compré yo cuando fue a Dysart’s.

—Sí, lo sé. Y sé cuánto te costó.

—Julia me regañó —sonrió Jack—. Por eso envié el DVD.

—Si no hubiera sido el segundo regalo, también lo habría devuelto. No he hecho nada para merecer un regalo así...

—Por favor, solo quería que pasaras el tiempo lo mejor posible.

—Lo sé, pero de todas formas es demasiado.

Jack se sentó en el asiento de la ventana y Kate, resignada, se dejó caer en el sofá.

— ¿Por qué no quieres aceptar mis regalos?

— ¿Por qué te hiciste pasar por mi prometido en el hospital?

—Para verte —sonrió él—. Pero entonces no sabía que hubieras perdido la memoria. Yo nunca te haría daño...

—Lo sé, lo sé. No quería ser grosera.

—Soy yo el que se ha pasado y lo siento. Pero es que cuando quiero algo intento conseguirlo como sea.

—Si te refieres a una relación conmigo, me temo que no es posible.

— ¿Por tu amigo, Alasdair Drummond?

—Él no tiene nada que ver.

—Entonces, ¿cuál es el problema? ¿No te gusto?

Kate hizo una mueca.

—Me gustas, pero...

—No hace falta que sigas. Entiendo.

— ¿Has cenado? —sonrió ella entonces—. Puedo calentar un poco de sopa.

Jack pareció pensárselo un momento.

—La verdad es que me gustaría mucho cenar contigo. Y sería tonto si dijera que no porque me temo que será la primera y la última vez.

Después de calentar un poco de sopa y un trozo de pastel de beicon que su madre había hecho especialmente para ella, charlaron sobre la casa que Jack estaba restaurando.

Entonces sonó el timbre y Kate fue a abrir con el corazón acelerado.

Era Alasdair. Mirándola con expresión abiertamente hostil.

— ¡ALASDAIR! ¡Qué sorpresa!

—Ya veo. Buenas noches, Kate —dijo él, fulminando a Jack con la mirada —

Adam me dijo que volvías hoy. ¿Cómo estás?

—Muy bien. Entra, por favor. ¿Quieres un café? Ya conoces a Jack Spencer...

Los dos hombres se saludaron con frialdad.

—No quiero café, gracias. Solo quería pasar un momento para saludarte. Si hubieras tenido las luces apagadas no habría llamado.

—Pero si solo son las diez y media.

—Yo tengo que marcharme —dijo Jack, incómodo.

—No lo haga por mí —replicó Alasdair—. Yo soy el intruso. Me alegro de ver que estás mucho mejor, Kate. Ya te llamaré.

Kate cerró la puerta, resistiendo el deseo de apoyarse en ella como en las películas.

—Lo siento, Jack.

—No tanto como yo. No debería estar aquí. A tu amigo no le ha gustado nada.

—Yo invito a mi casa a quien quiero.

—Eso díselo a él. Además, no me has invitado, me he invitado yo mismo... otra vez.

—Alasdair también.

—Por un momento, pensé que iba a darme un puñetazo.

Kate hizo una mueca.

—Me alegro de que no lo haya hecho. Mi casa es demasiado pequeña para una pelea.

Jack la miró, contrito.

—No le ha hecho gracia encontrarme aquí. Se ha puesto muy celoso.

—Pues no tiene derecho.

— ¿Estás enamorada de él?

—No, solo somos amigos. Desde hace mucho tiempo.

Jack la miró, con una sonrisa irónica.

— ¿A quién quieres engañar?

—Alasdair me cae muy bien, nada más —insistió ella, poniéndose colorada.

—Si tú lo dices... Pero créeme, Kate, sus sentimientos por ti son mucho más profundos. Habría querido partirme la cabeza, estoy seguro.

—Alasdair no es así.

—Todos los hombres son así —suspiró Jack—. En fin, gracias por la cena. Espero que volvamos a vernos alguna vez.

—Yo también.

—Cuídate, ¿de acuerdo?

—Lo haré —sonrió ella—. ¿Dónde está el jeep?

—Lo he aparcado al otro lado de la calle para salvaguardar tu reputación.

Kate le deseó buenas noches y cerró la puerta, pensativa. Alasdair había dicho que solo quería pasar un momento, pero Foychurch estaba muy lejos de su casa.

Y parecía muy cansado... a menos que el cansancio fuera debido al vuelo desde Nueva York. O a sus encuentros amorosos con Amy.

Por varias razones, Kate no se fue contenta a la cama.

Kate recibió una cálida bienvenida cuando volvió al colegio. Emocionada al recibir ramos de flores y dibujos de todos sus alumnos, les dio las gracias conteniendo las lágrimas a duras penas.

Le gustaba su trabajo y le gustaban mucho sus niños.

El viernes, Abby se acercó corriendo desde el patio.

— ¡Señorita Dysart!

—Dime, cielo.

—Normalmente me lleva a casa la madre de Bethany, pero hoy ha venido mi madre con el niño. Dice que le gustaría hablar un momento con usted.

—Ah, me parece muy bien. ¿Vas a presentarme a tu hermanito?

—Claro... ¿sabe que se parece a mí?

—Entonces será un niño muy guapo —rió Kate, tomando a la niña de la mano.

—Señorita Dysart, está muy guapa con el pelo corto —exclamó Julia Cartwright al verla.

—Qué niño tan precioso...

—Gracias. ¿Cómo se encuentra?

—Mucho mejor. ¿Qué tal está Jack? —preguntó Kate.

—En Londres. Últimamente lo vemos poco por aquí.

— ¿En Londres? Pensé que vivía cerca de Foychurch.

—Tiene una casa en Hereford, pero vive en Londres, cerca de su cuartel general.

— ¿Su cuartel general?

—Sí, lleva unos meses viniendo por aquí más a menudo porque quiere abrir una oficina en Pennington. La inmobiliaria Aspen ha

crecido mucho desde que mi hermano la creó.

La inmobiliaria Aspen construía desde casas pequeñas a residencias palaciegas o bloques de lujosos pisos en Londres. ¿Y era de Jack Spencer?

—No lo sabía.

—Ya me lo imagino. Solo quería decirle que siento mucho lo del broche. Para ser sincera, yo le habría enviado una planta o algo así, pero como Jack insistió en regalarle un DVD… Bueno, mi hermano es muy generoso con la gente que le gusta.

Kate soltó una carcajada.

—Sí, eso ya lo he visto.

—Y, la verdad, yo creo que usted le gusta mucho —sonrió Julia Cartwright.

—A mí también. Pero solo como amigo.

—Una pena. Algún día, Jack hará muy feliz a alguna mujer.

Kate estuvo dándole vueltas al asunto toda la noche. Aparentemente Jack Spencer era no solo muy rico sino muy discreto. Otro hombre le habría dicho quién era inmediatamente, pero él se lo ocultó.

Kate dejó escapar un suspiro. Le gustaba mucho Jack. Pero no era Alasdair Drummond.

Entonces tuvo que admitir la verdad. Alasdair había vuelto a su vida y quería conservarlo. Para siempre, si era posible. Pero tendría que decírselo a la cara.

Era algo que deseaba fervientemente, pero pasaban los días y no tenía noticias de él.

Se concentró en la rutina del colegio y abandonó la producción de Un marido ideal, de Oscar Wilde, que estaba montando la sociedad dramática de Foychurch, porque no podía concentrarse.

De modo que pasaba los fines de semana como pasaba todas las noches: esperando la llamada de Alasdair.

Dos semanas después de su aparición, Kate se resignó: Alasdair Drummond no iba a llamar. Y solo podía hacer una cosa: ir a su casa.

Lo haría el domingo, se dijo.

El sábado por la tarde fue con su amiga Ally Ferris al cine y cuando volvió a casa comprobó, decepcionada, que no había ningún mensaje en el contestador.

El domingo amaneció con sol y Kate decidió ponerse los pantalones de lino que su madre le había regalado. Con una camisa blanca y un poquito de maquillaje, tomó la carretera de Gloucester casi contenta.

Le había crecido el pelo y se sentía cómoda con su aspecto. Incluso

guapa. Solo esperaba que Alasdair pensase lo mismo. Aunque siempre existía la posibilidad de que le diera con la puerta en las narices.

Después de una larguísima hora al volante, llegó a la casa de piedra, pero el coche de Alasdair no estaba allí.

Kate llamó al timbre... y no hubo respuesta. Dio la vuelta a la casa para mirar por la ventana de la cocina, pero estaba vacía.

De modo que volvió a subir al coche, desilusionada. Quizá había salido a comprar el periódico, pensó. Lo mejor sería esperar un poco.

Esperó y esperó y, por fin, vencida, decidió volver a casa. Suspirando, arrancó, dio la vuelta... y tuvo que pisar el freno para evitar la colisión con otro coche.

— ¡Kate! ¿Estás bien? —gritó Alasdair, saliendo del Maserati.

—Perdona, no te había visto...

— ¿De verdad no te has hecho daño?

—De verdad, pero me parece que se ha roto algo.

Alasdair se acercó al frontal del coche y comprobó que se había caído el guardabarros.

—No puedes volver a casa así.

— ¿No podemos sujetarlo con una cuerda?

—No lo creo. Ven, entra en casa.

—Qué horror. He tenido un accidente hace...

—Por favor, no me lo recuerdes.

—Deberías poner un espejo en el camino de entrada... Es imposible ver si viene otro coche —replicó Kate—. ¿Hay algún taller de reparación por aquí? Seguramente no tardarán nada en colocar el guardabarros.

—Hoy es domingo. Hay un taller, pero está cerrado. Ven, vamos a tomar un café.

Al entrar en la casa descubrió que Alasdair había pintado las paredes de rojo, como ella le sugirió. Pero sería mejor no decir nada.

Cuando estaban tomando café, el olor le llevó recuerdos de la noche que estuvieron juntos y casi se atragantó.

— ¿Está muy caliente? ¿Quieres un poco más de leche?

Kate negó con la cabeza. La actitud de Alasdair era tan fría, tan distante que el viaje había sido en balde. Evidentemente, su oferta ya no seguía en pie.

—Lo siento.

— ¿Qué es lo que sientes?

—Siento que casi nos hayamos estrellado.

— ¿Por qué has venido, Kate?

Buena pregunta. Y, en aquel momento, no se le ocurría una sola razón para estar frente a aquel rostro de granito.

—Hace muy buen día y me apetecía dar una vuelta.

— ¿Y resulta que pasaste por delante de mi casa?

Ella apartó la mirada, sin molestarse en contestar.

— ¿Te encuentras bien? Tienes muy buen aspecto.

—Estoy bien.

—Me alegro.

Aquello era una tortura. Kate dejó la taza de café sobre la mesa, nerviosa.

—Si dejo el coche aquí, ¿alguien podría repararlo mañana?

—Sí, claro.

—Entonces, pediré un taxi para volver a Foychurch.

—No hace falta. Te llevaré yo.

Cuando Kate levantó la cabeza vio un brillo en los ojos grises; un brillo que él se encargó de disimular inmediatamente.

—No hace falta, gracias... pero tendrás que llevarme al banco porque no llevo dinero en efectivo.

—Puedo prestártelo yo.

—Si no te importa llevarme al banco... o puedes decirme dónde está e iré andando.

—No seas boba. Te llevaré a Foychurch con una condición.

— ¿Cuál?

—Que me digas por qué estás aquí. Y quiero la verdad.

Kate dejó escapar un suspiro.

—Muy bien, Alasdair. La última vez que nos vimos saliste disparado y había pensado venir para hacer las paces. No me ha sido nada fácil, por cierto.

— ¿Te resulta difícil conducir después del accidente?

—No me refiero a eso.

—Lo sé —murmuró él—. ¿Y si yo no hubiera vuelto a tiempo?

Kate se encogió de hombros.

—Habría vuelto a casa.

— ¿Estás con Jack Spencer?

—Si estuviera con él, no habría venido a verte —contestó ella—. Está en Londres... y, por cierto, no es albañil. Es el propietario de la inmobiliaria Aspen.

—Lo sé. He investigado un poco.

— ¿Por qué?

—Para saber si te merecía. Cuando lo vi contigo la otra noche pensé que había ganado. Desde luego, lo ha intentado de todas las formas posibles.

—Acababa de decirle que no había posibilidad de una relación entre los dos.

— ¿Y por qué no me lo dijiste? Cuando me enteré de que era millonario, pensé...

— ¿Que saldría con él solo porque tiene dinero? Muchas gracias, Alasdair.

Kate intentó levantarse, pero él la sujetó.

— ¿Qué querías que pensara? Estaba en tu casa, cenando contigo. Me habías tirado el anillo a la cara...

—Yo no te tiré nada.

—Bueno, da igual. Lo rechazaste.

—Me estás haciendo daño, Alasdair.

Él la soltó, haciendo un gesto de disculpa.

—Perdona. Pero vamos a aclarar las cosas de una vez. No quieres a Jack Spencer, no me quieres a mí... ¿qué demonios quieres, la luna?

—No –contestó Kate—. Yo... quiero saber si lo que dijiste la última vez que estuve aquí era verdad.

Alasdair se quedó en silencio durante largo rato.

—Sí –contestó por fin—. Era verdad y sigue siéndolo.

—Eso esperaba.

— ¿Qué estás diciendo?

Kate se apoyó en su pecho, temblando ante lo que podía haber perdido. Estaba enamorada de Alasdair. Siempre lo había estado.

—Estás helada, cariño —murmuró él, llevándola al cuarto de estar —. Siéntate aquí, al lado de la chimenea.

—Gracias.

—Y ahora dime qué quiere decir eso.

—Estaba mintiendo. Me convencí a mí misma de que te había olvidado, pero... no es verdad. Nunca te he olvidado.

—Entonces, ¿por qué me alejabas de ti?

—Por orgullo, por vanidad, supongo. Quería ponerme guapa antes de invitarte a mi casa en Semana Santa, pero te fuiste a Nueva York... ¿a ver a Amy?

—Fui a Nueva York para verme con los directivos de Healthshield, no para ver a Amy.

Después de eso, Alasdair buscó sus labios casi con desesperación y ella le devolvió el beso.

—Estaba celosa. No podía dormir imaginándote con ella.

—Espero que hayas sufrido lo que sufrí yo al verte con Spencer.

—Gracias a él me di cuenta de que estaba enamorada de ti... me cae muy bien, pero no eres tú.

Alasdair la aplastó contra su pecho y entonces se desató el deseo que ambos habían guardado durante tanto tiempo. Acabaron en el suelo, sobre la alfombra sin tiempo para buscar una cama.

La primera vez que le hizo el amor había sido atento, delicado., pero aquella vez no pudo serlo. Lo hacían como locos, buscándose con las manos, con la lengua, con los labios… Y después, jadeando, él la apretó contra su corazón.

— ¿Esto significa que vas a casarte conmigo?

Kate negó con la cabeza.

—Algún día, pero no ahora. Primero tiene que cortejarme, señor Drummond.

— ¡Bruja! Pero no me hagas esperar demasiado, cariño.

—No te he hecho esperar nada —rió ella señalando su ropa, tirada por toda la habitación.

—Por cierto, me gusta mucho tu corte de pelo. Estás preciosa.

—Me alegro de que te guste.

—Quédate conmigo esta noche. Te llevaré al colegio por la mañana, ¿de acuerdo?

Kate asintió.

—No puedo irme de todas formas… ya sabes, el guardabarros. Estoy en tus manos.

—Es verdad. Y espero que sigas siempre ahí.

—Amén. ¿Dónde estabas esta mañana, por cierto?

Alasdair vaciló.

—Había ido a Foychurch.

— ¿Quieres decir que nos hemos cruzado en la carretera?

—Supongo que sí.

— ¿Y por qué volvías con tanta prisa?

—Porque tu vecino me dijo que habías ido a Gloucester. Claro que tenía prisa —rió él entonces, besando su pelo.

— ¿Y por qué has esperado tanto para ir a Foychurch? Lo he pasado fatal.

—Yo también. Además, he sido yo quien ha dado él primer paso…

—Eso no es verdad. He venido a tu casa.

—Sí, pero yo fui ayer a la tuya y no estabas —le confesó Alasdair.

— ¿Por qué no llamaste por teléfono?

—Porque quería verte. Iba dispuesto a partirme la cara con cualquiera si…

—Eso es lo que dijo Jack Spencer…

—Olvídate de Jack Spencer y concéntrate en mí!

—Muy bien. ¿Dónde está el anillo?

—Lo he devuelto.

Kate lo miró con tal cara de pena que Alasdair tuvo que sonreír.

—Puedes elegir otro. Cuando me dijiste que no lo querías, lo aborrecí.

—Mejor. No me gustan los diamantes.

—A mí tampoco. Venga... hora de desayunar.

— ¿No has comido nada todavía?

Él sonrió.

—Tenía prisa por verte.

—Entonces, me quieres de verdad. Cuando un hombre pone a una mujer por delante de la comida es que va en serio.

—Claro que voy en serio. Y ahora, a desayunar. Después podemos ver la televisión.

— ¿Ver la televisión?

—Sí... es que está en mi dormitorio —rió Alasdair.

— ¿Sabes una cosa? Ya no me apetece desayunar —sonrió Kate.

— ¿Prefieres ver la televisión?

—Me temo que sí.

—Primero debes decirme que me quieres.

—Claro que te quiero, Alasdair Drummond. Siempre te he querido y siempre te querré.

Él dejó escapar un suspiro de alivio.

—Solo por eso, te has ganado el desayuno en la cama. Si eres buenita.

—Siempre soy buena —rió Kate, pestañeando coquetamente—. Pero con un poco de práctica, podría ser estupenda.